

LA NUEVA
REPRESENTACIÓN
POLÍTICA EN
COLOMBIA

A 97 - 03931

IEPRI FESC L

Jesús Martín-Barbero

Filósofo, estudioso de la comunicación y profesor de la Universidad del Valle.

Manuel Espinel Vallejo

Director del grupo de investigación del programa de Cultura Ciudadana del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de la capital del país.

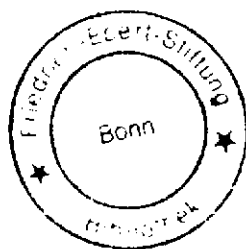
Antonio Restrepo Botero

Doctorado en Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Ha sido gerente de Augura, director de comunicación de la Unión de Países Exportadores de Banano, gerente asesor para Urabá de la Gobernación de Antioquia. En la actualidad es asesor del gobernador de Antioquia.

LA NUEVA REPRESENTACION
POLITICA
EN COLOMBIA

LA NUEVA REPRESENTACION POLITICA EN COLOMBIA

Jesús Martín-Barbero
Manuel Espinel Vallejo
Antonio Restrepo Botero



A 97 - 03931

1a. edición, marzo de 1997
© Fundación Friedrich Ebert de Colombia
Calle 71 N° 11-90
Tels. 3473092 - 3473115
A.A. 58308

Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Colombia, IEPRI
Edificio Manuel Ancizar, Ciudad Universitaria, Bogotá
Tel. 3681579
Fax. 3687471
A.A. 14490

Bogotá, marzo de 1997
ISBN: 958-9272-80-0

Coordinación editorial: CEREC
Diagramación y preparación litográfica: Magdalena González Mariño
Carátula: Paula Iriarte
Impresión: Prisma Asociados Ltda.

Contenido

Presentación	9
El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de representación	13
<i>Jesús Martín-Barbero</i>	
Representación política y cultura ciudadana. El caso de la Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá	33
<i>Manuel Espinel Vallejo</i>	
Urabá: formas de representación política	63
<i>Antonio Restrepo Botero</i>	

Presentación

En el marco de los debates académicos promovidos por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional y la Fundación Friedrich Ebert de Colombia alrededor del sistema político colombiano, se consideró necesario iniciar la discusión en torno a las nuevas formas de representación política que estarían configurándose actualmente en la sociedad colombiana de fines de siglo, bajo el impacto de tendencias de desarrollo internas y externas. El presente texto recoge las ponencias del cuarto taller, realizado en Santa Fe de Bogotá el 22 de mayo de 1996.

La quiebra de la centralidad de la política en la vida social; la crisis de la noción política de ciudadanía y el surgimiento de una pluralidad de espacios y de formas inéditas de ciudadanía cultural; la configuración de contextos culturales posmodernos propios, no como copia mecánica del pensamiento europeo, sino más bien como resultado de la crisis de la modernidad y sus metarrelatos en su variante periférica latinoamericana; la transformación epocal asociada al repliegue de la cultura letrada y al auge de los códigos y formatos audiovisuales; el impacto de la difusión de esta nueva *cultura mediática* en la política, expresado en la conversión del antiguo espacio público de la calle y la plaza en una

nueva escena pública electrónica (o por lo menos en una tensión entre ésta y aquél), son algunos de los procesos experimentados actualmente por la sociedad colombiana, que introducen modificaciones sustanciales en las maneras de percibir la política, de representársela (en el sentido de figuración mental), y en las formas de representar políticamente (en el sentido de expresión por delegación de los intereses y perspectivas de distintos grupos sociales).

Estos procesos políticos y culturales contemporáneos, en buena medida ligados a la globalización, se interrelacionan de manera compleja con procesos y tendencias internas de la sociedad colombiana: el destape de la narcocorrupción favorecido por el Proceso 8.000; la crisis de valores agudizada por el impacto del narcotráfico en la exacerbación del culto al dinero, al enriquecimiento ilícito y al éxito fácil y a cualquier costo; la persistencia de brutales expresiones de violencia y de sistemáticas violaciones a los derechos humanos; la crisis de gobernabilidad de Bogotá como resultado de una urbanización aluvional y caótica, carente de formas básicas de integración normativa de la población, y los desequilibrios regionales y los destiempos existentes entre las regiones en cuanto a los ritmos y especificidades del desarrollo de la cultura política.

Con el propósito de estimular el debate sobre estos temas, tuvimos tres invitados. El profesor Jesús Martín-Barbero abordó una serie de procesos culturales interrelacionados completamente con la influencia de los medios de comunicación de masas, los cuales estarían ejerciendo una notoria incidencia en la crisis de las viejas formas de representación política y en el surgimiento de otras nuevas: el descentramiento de la esfera pública nacional bajo el impacto de la globalización, y de la lógica política neoliberal; la secularización y la etapa actual de desarrollo de los procesos de individuación o de creciente autonomía del sujeto; la crisis de la *novela nacional* y el estallido posmoderno de múltiples memorias; el culto al presente y su sobredimensionamiento en la cultura contemporánea. Subrayando el papel de los medios de comunicación de masas en la vida contemporánea como espacios decisivos del reconocimiento social, de creación de nuevas formas del *nosotros*, subrayó la gravedad de la incongruencia entre el impresionante desarrollo tecnológico logrado por los medios de comunicación en Colombia y la

aguda polarización e incomunicación política y social existente entre los distintos grupos, sectores y conflictos de nuestra sociedad.

Desde una visión teórica que parte del reconocimiento de que los medios de comunicación no son omnipotentes ni actúan sobre una tábula rasa, sino que ejercen su influencia sobre unas historias grupales previas, sobre herencias generacionales, sentidos y valores colectivos construidos desde la escuela, la familia, el Estado, el sistema jurídico, el púlpito o los grupos de pares, Martín-Barbero planteó la conveniencia que los investigadores políticos y de las ciencias sociales incursionen y se tomen en serio la investigación en comunicación, la cual, desde su perspectiva, no puede dejarse en manos de los especialistas en comunicación.

El médico y sociólogo de la cultura Manuel Espinel, uno de los ideólogos de la política de *Cultura Ciudadana* de la actual administración distrital, nos presenta en su texto algunos de los lineamientos teóricos que han orientado las políticas de intervención simbólica del alcalde Antanas Mockus en la regulación de las relaciones sociales de los habitantes de Bogotá. Aparecen allí aspectos interesantes del modelo de planeación adoptado, de las relaciones políticas con el Concejo de Bogotá y de las dificultades para la asimilación del nuevo estilo de ejercicio político por parte del estamento burocrático-administrativo del Distrito Capital. El texto nos resulta oportuno por varias razones. De un lado, por la insuficiente visibilidad de la gestión de la administración distrital y sus equipos de trabajo, muchas veces opacada o desvirtuada por las apariciones simbólicas, afortunadas o desafortunadas, del alcalde Mockus. De otro lado, en la medida en que tendríamos que reconocer que la gestión del actual alcalde ha implicado una ruptura con viejos estilos clientelistas de relación de los mandatarios capitalinos con la clase política, cuyas consecuencias (despegue de nuevas pautas y nuevas prácticas modernizantes de relación política, o vuelta post-Mockus a las viejas costumbres de las cuotas burocráticas) son en este momento difíciles de prever. Una tercera razón tendría que ver con que el fenómeno Mockus quizás esté expresando la crisis de las viejas formas de representación política y el surgimiento de nuevos lenguajes y nuevas demandas de representación asociadas a las transformaciones generacionales y comunicacionales en la coyuntura mundial actual, a

las cuales aluden Jesús Martín-Barbero y otros analistas de las dinámicas político-culturales contemporáneas. Una razón adicional es que la política de Cultura Ciudadana de la administración Mockus se relaciona con un intento de incidir sobre procesos de configuración de valores y comportamientos colectivos a través de estrategias de intervención simbólica y cultural que no han sido usuales en la política colombiana, y que por ello mismo demandan una aproximación y una evaluación seria desde las ciencias sociales. No sería descabellado afirmar que el fracaso o el éxito de la política de Cultura Ciudadana del alcalde Mockus puede tener consecuencias favorables o desfavorables para futuros intentos de intervención simbólica en política, así como para la vinculación de los intelectuales en los próximos años al ejercicio del poder.

Finalmente, el abogado y asesor para Urabá de la Gobernación de Antioquia, Antonio Restrepo, nos muestra en su escrito los factores históricos incidentes en la configuración de la región de Urabá como un espacio de exclusión social, económica y política, con fuerte presencia de formas militares de acción política, que si bien en un momento estimularon luchas por la igualdad y por el reconocimiento de la cuestión social y de la presencia de expresiones de la izquierda, de otro lado condujeron a niveles de conflictividad armada que han hecho supremamente difícil el mantenimiento de formas civiles y democráticas de convivencia en la región. Producto de esa experiencia de construcción regional en contextos de marginalidad, exclusión y de predominio de la violencia, se gestan allí pautas y referentes muy particulares de cultura política, así como un acceso diferencial a los valores de la modernidad política. Y sin embargo, en medio de la absoluta falta de garantías para la vida humana en la región, y como producto de la saturación de la población con el manejo violento de los conflictos por parte de los distintos actores de los mismos, intentan constituirse expresiones consensuales a favor de alternativas pacíficas de desarrollo como el Consenso Político de Apartadó y el pronunciamiento de las minorías étnicas Embera, Tule y Zenúes, las cuales se reafirman en su neutralidad ante el conflicto armado y en su aspiración a poder morirse de viejos.

FESCOL-IEPRI
Marzo de 1997

El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de representación

Jesús Martín-Barbero

La invitación que me hacen el Instituto de Estudios Políticos y FESCOL me exige en cierto modo empezar mi exposición con un preámbulo que ayude a ubicar el lugar desde el que hablo y el talante de mi discurso. Filósofo extraviado desde hace 20 años en el campo de estudios de *la comunicación*, mi oficio ha sido el de luchar contra la tendencia hegemónica, especialmente norteamericana, a encerrar ese campo en *una disciplina* desde la cual competir con las otras en la pelea por los territorios académicos y las figuras profesionales. Contra esa tendencia mi trabajo ha estado dedicado, por una parte, a *minar* las falsas seguridades que produce el cerco con que se busca separar el *objeto propio* abriéndole agujeros por donde oxigenarlo y conectarlo con las preocupaciones y dinámicas de las ciencias sociales; por otro, a interpelar a los científicos sociales acerca de lo que nuestras sociedades se juegan en los procesos de comunicación y sus transformaciones tecnológicas, ya que su envergadura cultural y política es tal que no podemos dejárselo a los especialistas en comunicación. Y particularmente en este país, los historiadores, los antropólogos, los sociólogos y los politólogos tienen una

deuda muy fuerte con el campo de la comunicación. Ni en los diez volúmenes de la *Nueva Historia de Colombia* hay un pequeño sitio para medios como la radio o la televisión. Con excepción de la prensa —reveladora excepción, ya que si la prensa es la que cuenta con más y mejor historia escrita no es sólo por ser el medio más antiguo sino por ser aquel en que se reconocen culturalmente los que escriben historia— los medios no se han constituido aún en objeto significativo ni cuentan con legitimidad académica entre la ciencias sociales. Sólo la dimensión económica y la evolución legal han sido estudiadas con alguna profundidad. Fuera de las genéricas denuncias a la manipulación política y la concentración económica, ¿cuál es el aporte de la investigación social a la construcción de una política cultural democrática sobre los medios de comunicación? ¿Y dónde está el proyecto educativo capaz de hacerse cargo de lo que los medios —especialmente los audiovisuales— tienen de y hacen con la cultura cotidiana de las mayorías?

Lo que me propongo es trazar un mapa para pensar la crisis de la representación política más allá de los acostumbrados diagnósticos sobre la crisis de los partidos y la hegemonía de lo massmediático, planteando su relación con las dinámicas de la globalización, la secularización, el descentramiento y la desagregación que atraviesa la esfera pública y la cultura nacional; y en segundo lugar, reflexionaré sobre los nuevos modos desde los que en América Latina se están pensando las relaciones de la política con los procesos y los medios masivos de comunicación.

Contextos y escenarios de la crisis

"Quizá la política no sea ya lo que imaginábamos hasta hace poco que era, y la gente no esté dispuesta a seguir invirtiendo tiempo y energía en los ritos de marcha, la concentración y el desfile o los actos de identificación colectiva. Es probable que al aumentar los niveles educacionales de los ciudadanos y extenderse la comunicación de imágenes televisadas, al enfriarse la contienda ideológica y dilatarse los derechos del individuo, al perder gravitación los partidos y diversificarse los derechos de la gente, la política cambie de ubicación y sentido".

José Joaquín Brunner

Global es el espacio/tiempo que necesitan y producen el mercado y las tecnologías. Como lo fue el *espacio-nación* en la Europa de fines del siglo xvii, ahora el *espacio-mundo*¹ se constituye en el horizonte del flujo económico e informacional: que tiene como clave la relación de interdependencia y como vehículo la trama tecnológica de la información. El que lleva la iniciativa en ese proceso es el mercado, él es el que regula la relación entre naciones y culturas al fijar las reglas del intercambio y organizar las redes de comunicación. A diferencia del proceso que hasta los años setenta se definió como *imperialismo*, la globalización de la economía redefine las relaciones centro/periferia: los países latinoamericanos no son ya un exterior invadido pues lo que la globalización nombra son transformaciones que se producen desde y en lo nacional y aun lo local. Es desde dentro de cada país que no sólo la economía sino la cultura se *mundializa*². Pues lo que ahora está verdaderamente en juego no son meras reglas para el intercambio de productos sino la rearticulación del papel de los Estados y del sentido de la relación entre los países mediante una des-centralización que concentra el poder económico y una des-localización que hibrida las culturas. Ahí se inserta el fuerte descentramiento que atraviesa la esfera pública nacional. La globalización descentra esa esfera en dos planos: el de la formación de una macroesfera de opinión pública internacional³ hasta cierto punto a la zaga del proceso y el flujo económicos —los derechos humanos y la cadena de televisión cnn serían el ejemplo que explicita la doble cara de esa esfera— y el surgimiento de microesferas asociadas al estallido de las identidades nacionales, esto es regionales y locales, en abierto conflicto con la esfera nacional centralizada. Más que opuestos, globalización y relocalización son hoy procesos complementarios. Que,

1. Milton Santos, "Espaço, mundo globalizado, posmodernidade, *Margem* N°2, pp. 9-22, Sao Paulo, 1993; del mismo autor, "La aceleración contemporánea: Tiempo, mundo y espacio-mundo", *Revista Universidad del Valle* N° 10, Cali, 1995; también, A. Mattelart, *La communication-monde*, La decouverte, Paris, 1992.

2. R. Ortiz, "Cultura e modernidade-mundo", en *Mundialização e cultura*, p. 71 y ss., Brasiliense, Sao Paulo, 1994.

3. J. Keane, "Structural Transformation of the Public Sphere", en *The communication Review*, Vol. 1, N°1, University of California, 1995.

como lo demuestra una experiencia bien cercana, la de los intentos de negociación de los conflictos del Urabá, desborda lo nacional, articulando una esfera pública internacional —en las formas de ciudadanía mundial que configuran instituciones como Pax Christi o Amnistía Internacional— a las demandas y acciones de ONGs vinculadas estrechamente al espacio local.

La otra dinámica a la que quiero referirme, y que en América Latina no ha sido suficientemente estudiada, es la de secularización. Primero fue la secularización proceso de conquista de la autonomía del Estado, de las esferas del arte, la ciencia, y la moral por relación a unas iglesias convertidas en poder político y social. Proceso aún incompleto en nuestros países pero que en los últimos años presenta avances innegables, como la atestigua en un país tan clerical como Colombia la abierta secularización que representa la nueva Constitución. En su segunda fase, la secularización señala hoy el escenario de la lucha por una nueva autonomía, la del sujeto. Explícitamente ubicada en el campo de la política por Manuel Antonio Garretón, esta segunda fase se manifiesta en los nuevos "temas" que configuran la agenda política, como el derecho a la diferencia de la mujeres o los homosexuales y el *principio de autorrealización o felicidad* "en que se expresan las luchas contra las diversas formas de alienación que en las sociedades contemporáneas no proceden solamente de la explotación"⁴, luchas que redefinen el sentido y alcance de la acción política ya que son a la vez, inextricablemente, individuales y colectivas. El principio de autorrealización está ya como derecho de la persona humana en nuestra Constitución, y ha sido aplicado valientemente por la Corte Constitucional al uso personal de la droga. Y está también inscrito en la importancia que el cuerpo ha cobrado en este fin de siglo como escenario de experimentación vital y objeto de atención y cuidado cada vez más grandes. Es indudable que en este último aspecto la autorrealización se inserta también en las tendencias individualistas y hedonistas de la sociedad de mercado. Pero las estrata-

4. M. A. Garretón, "Cultura política y sociedad en la reconstrucción democrática" en *La faz saneruido del iceberg*, p. 22. Loin/Cesoc. Santiago, 1994

gemas del mercado enchufan en un movimiento que viene de más lejos y que es mucho más hondo, el de autonomía del sujeto que la sociedad actual amenaza también más hondamente que ninguna antes y que tiene su otra cara en la crucial y contradictoria defensa de la privacidad. Sabemos que la privatización de la vida conecta con la privatización del campo económico y la erosión del tejido societal que produce la racionalidad que despliega la política neoliberal —crecimiento de la desigualdad, concentración del ingreso, reducción del gasto social, deterioro de la escena pública— llevando la atomización social hasta el deterioro de los mecanismos básicos de la cohesión política y cultural, desgastando sus representaciones simbólicas hasta el punto en que la legítima defensa de las identidades desemboca en la devaluación de un horizonte mínimo común. Pero la defensa de la privacidad tiene también mucho que ver con la desprivatización a que se ve sometida la vida de la familia y la intimidad de los individuos, especialmente por la *intromisión* de los medios masivos, de tal manera que el derecho a la privacidad se ha convertido en uno de los más importantes a la hora de regular colectivamente los nuevos procesos y tecnologías de comunicación. Como plantea Hopenhayn⁵, necesitamos repensar lo privado no sólo en relación al repliegue desocializador sobre lo hogareño y lo doméstico —con el consiguiente declive del hombre público y el crecimiento de un narcisismo que fetichiza el yo⁶—, sino también en lo que tiene de resistencia a la viscosidad con que el poder político y el del mercado atentan contra la autonomía del individuo. En el rechazo a lo colectivo, y específicamente a dejarse representar, emergen hoy tanto la desafección ideológica hacia las instituciones de la política como la búsqueda de un quiebre a la masificación imperante y la uniformación, a la incapacidad de representación de la diferencia en el discurso que denuncia la desigualdad.

Y un tercer elemento a ubicar en nuestro mapa es el carácter atomizado y desencantado que hoy reviste el lazo social. Nos referimos en primer

5. M. Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, F.C.E., Santiago, 1994.

6. R. Sennet, *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 1978; del mismo autor: *Narcisismo y cultura moderna*, Kairós, Barcelona, 1980.

lugar a la *devaluación* de la memoria que produce la programada obsolescencia de los objetos configurando una sociedad en la que especialmente los más jóvenes habitan un mundo que, de la casa a la ciudad, se convierte aceleradamente en *no-lugar*⁷, espacio sin espesor histórico, sin duración, descargado simbólicamente de toda relación con las comunidades del pasado y sin casi conversación entre generaciones. Contribuyen a esa devaluación tanto la desterritorialización ejercida por los medios audiovisuales y las redes electrónicas que profundizan el *desanclaje*⁸ producido por la modernidad sobre las peculiaridades de los mapas mentales, los hábitos, las prácticas locales, los modos tradicionales de percibir lo próximo y lo lejano "cuyas delimitaciones dejan de estar basadas en la distinción entre interior, frontera y exterior, y por lo tanto en las parcelas del territorio"⁹, como el *culto al presente* que fabrican el mercado y los medios, un presente autista en el que se borran las diferentes temporalidades de que están hechas nuestras sociedades, un *presente continuo* que se agota "en una secuencia de acontecimientos que no alcanza a cristalizar en duración y sin la cual ninguna experiencia logra crearse un horizonte de futuro"¹⁰. Pero vivimos otra perturbación del sentimiento histórico que incide aun más fuertemente en la crisis de la representación, es la que afecta a lo nacional, y que paradójicamente resultaría, según P. Nora, de la posmoderna *pasión por la memoria*: "el relevo del mito nacional por la memoria supone una mutación profunda: un pasado que ha perdido la coherencia organizativa de una historia se convierte por completo en espacio patrimonial"¹¹. Y una memoria nacional edificada sobre la reivindicación patrimonial estalla, se descentra, se divide y se multiplica hasta desintegrarse. Cada región, cada localidad, cada grupo —los paisas y los costeños, los indígenas o las mujeres— reclama el derecho a su memoria. Pero "al poner en esce-

7. M. Augé, *Los "no-lugares". Espacios de anonimato*, Gedisa, Barcelona, 1992.

8. A. Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, p. 32 y ss., Alianza, Madrid, 1993.

9. J. Echeverría, *Telepolis*, p. 19, Destino, Barcelona, 1994.

10. N. Lechner, "La democracia en el contexto de una cultura posmoderna" en *Cultura política y democratización*, p. 260, Flacso, Buenos Aires, 1987.

11. P. Nora, *Les lieux de memoire*, p. 1099, Vol. III, Gallimard, Paris, 1992.

na una representación fragmentada de lo nacional los *lugares de memoria* celebran paradójicamente el fin de la novela nacional"¹². Que era la forma de la representación que dotaba de legitimidad tanto la palabra del intelectual como el discurso de los políticos. ¿A nombre de quién hablan hoy esas voces cuando el sujeto social unificado en las figuras/categorías de *pueblo* y de *nación* estalla, desnudando el carácter problemático y reductor de las configuraciones de lo colectivo y lo público? La desintegración del lazo social tiene hoy un escenario clave en el ámbito del trabajo. Giuseppe Richeri ha referido lúcidamente la desintegración sufrida por la política en Italia a las secretas conexiones entre la fragmentación constitutiva del discurso público que produce la televisión con la disgregación del tejido de tradiciones e interacciones que daban consistencia al sindicato y al partido político de masas¹³: las fábricas se descentralizan, las profesiones se diversifican y se hibridan, los lugares y las ocasiones de interacción se reducen, al mismo tiempo que la trama de intereses y objetivos políticos se desagrega. Y en cuanto a los partidos, también la pérdida de los lugares de intercambio con la sociedad, el desdibujamiento de las maneras de enlace, de comunicación de los partidos con la sociedad, produce su progresivo alejamiento del mundo de la vida social hasta convertirse en puras maquinarias electorales cooptadas por las burocracias del poder. La elección del magnate de la televisión italiana, Berlusconi, como primer ministro, y el peso que la coalición que él preside ha conseguido, deja de ser mera coincidencia para tornarse síntoma de la nueva trama discursiva de que está hecha la representación política.

Finalmente, la crisis de la representación remite a la desintegración de un horizonte cultural común. Aunque con las enormes dificultades que implicaba la heterogeneidad étnica y racial, desde la independencia, y especialmente en el proyecto de transformación de estos países en naciones modernas a partir de los años treinta, se buscó articular la creación de un mercado, condición indispensable para su integración en el

12. O. Mongui, "Una memoria sin historia", *Punto de vista*, N° 49, p. 24. Buenos Aires, 1994

13. G. Richeri, "Crisis de la sociedad y crisis de la televisión", *Contratexto* N° 4, Lima, 1989

mundo, a la construcción de una cultura nacional, un foco de imágenes y mitos fundadores que posibilitaran a la gente sentirse perteneciendo a una comunidad. El papel de la radio en América Latina, y del cine en países como México, Argentina o Brasil, fue decisivo en la formación del *sentimiento nacional*. Los medios se constituyeron en voceros de la interpelación que desde el Estado convertía a las masas en pueblo y al pueblo en nación¹⁴. Los caudillos populistas, de Getulio Vargas a Cárdenas y Perón, encontraron en la radio el medio que les posibilitaba un nuevo discurso político que articulaba la interpelación a los obreros de las grandes ciudades en cuanto *ciudadanos* con la reelaboración radial de la oralidad cultural y la expresividad de la narración y la canción popular. Junto con la escuela, los medios proporcionarían a las gentes de la provincia una experiencia primordial de integración: la traducción de la idea de nación a vivencia cotidiana, al tiempo que hacían de mediadores entre la sensibilidad expresivo-simbólica de las culturas rurales y la racionalidad instrumental de la moderna cultura urbana. Hoy los medios de comunicación configuran, por el contrario, el dispositivo más poderoso de disolución del horizonte cultural común a la nación, pasando a constituirse en mediadores de la heterogénea trama de imaginarios que configuran la identidad de las ciudades, de las regiones, incluso del espacio local y barrial. Atravesando el movimiento de homogenización que implica la globalización económica y tecnológica los medios masivos y las redes electrónicas vehiculan una multiculturalidad que hace estallar los referentes tradicionales de identidad. Estallido que se hace claramente visible en los más jóvenes: en las complicidades de la oralidad cultural con la visualidad electrónica, en la empatía expresiva con las fragmentaciones y velocidades de la cultura tecnológica, en las hibridaciones que amalgaman en el rock los sonos y los ruidos de las ciudades con las sonoridades y los ritmos de las músicas regionales, indígenas y negras, en los mestizajes de las estéticas transnacionales del cine y el video con los escenarios de descomposición y violencia del

14 J. Martín-Barbero, "Masificación, movimientos sociales y populismo", en *De los medios a las mediaciones*, p. 170 y ss., G. Gili, México, 1987.

país, y también con la recreación de las imágenes que ponen en escena la pluralidad de culturas de que estamos hechos y las frágiles utopías que surgen de la desazón moral y el vértigo informacional.

De esa desagregación sociocultural que ahonda la crisis de la representación política, Colombia es un laboratorio a escala mundial. Mientras en los últimos 10 años el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación es uno de los más pujantes de toda América Latina —su sistema radial se coloca por delante de los países pioneros en la región, su televisión se industrializa internacionalizando aceleradamente su producción de dramatizados, y su prensa se informatiza—, el país vive sin embargo el quiebre de la convivencia más grande de su historia y el proceso de incomunicación más fuerte de América Latina. La desproporción tanto del desarrollo de los medios masivos, por relación a las carencias estructurales en el ámbito de la salud o la educación, como del espacio social que ellos ocupan, es sin embargo proporcional a la ausencia de verdaderos *espacios políticos* de expresión de los conflictos y a la no representación en el discurso cultural de la complejidad y diversidad de los mundos de vida y los modos de sentir de sus gentes. La “delgada corteza de nuestra civilidad”¹⁵, el largo empantanamiento político y la profunda esquizofrenia cultural de las élites —tan lúcidamente analizada por Germán Colmenares al trasluz de lo sucedido con los intelectuales latinoamericanos en el siglo xix¹⁶— son los que recargan cotidianamente la desmesurada capacidad de representación que en este país tienen los medios de comunicación. En la última encuesta Gallup-Colombia (*Semana* N° 714, 16 de enero, 1996), la televisión es la institución con mayor credibilidad en el país, junto con la Iglesia cuenta con la del 71 % de la población. No es extraño: en los últimos años la televisión cataliza como ningún otro espacio la radical incomunicación del país, convirtiéndose en escenario de los más perversos encuentros: al ser en ella donde se *produce* el espectáculo del poder y el simulacro de

15. Es el tema y el expresivo título del libro de M. Palacios, *La delgada corteza de nuestra civilización*, Procultura, Bogotá, 1986.

16. G. Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, Tercer Mundo, Bogotá, 1987.

la democracia en su densa trama de farsa y de rabia, las mayorías ven allí articuladas las metáforas tanto de sus frustraciones —las tragedias de su equipo nacional en el mundial de fútbol de los Estados Unidos— como de su orgulloso reconocimiento en las figuras que de las gentes de la región y la industria cafetera dramatizó la telenovela *Café*, mientras la culta minoría vuelca en ella su impotencia y su necesidad de exorcizar la pesadilla cotidiana convirtiendo a ese medio en chivo expiatorio al que cargarle las cuentas de la violencia, del vacío moral y la degradación cultural.

Tejido comunicativo y massmediación de la política

"Cuando el don de la palabra es restringido por el manejo de la imagen, cambian las estructuras comunicativas sobre las que se apoyan tanto las relaciones de representación como las estrategias de negociación y decisión".

Norbert Lechner

La percepción de entrada, aunque el tono varíe entre el desencantado y el apocalíptico, parece compartida por todos los críticos: al identificar lo público con la escena mediática y al asimilar su discurso al modelo propuesto por los medios, en particular por la televisión, la política se desfigura a tal punto que estaría asistiendo al proceso de su propia disolución¹⁷. Los dispositivos de la desfiguración son dos: el de *espectacularización* y el de *sustitución*. El primero vacía a la política de su substancia: al predominar la forma sobre el fondo, el medio sobre el mensaje, el discurso político se transforma en puro *gesto e imagen*, ca-

17. Textos claves a ese respecto. J-M. Ferry/D. Wolton y otros, *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona, 1992; G. Balandier, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Paidós, Barcelona, 1994; J. Baudrillard, *La transparencia del mal*, Anagrama, Barcelona, 1991. En América Latina, B. Sarlo, "Estética y postpolítica. Un recorrido de Fujimori a la guerra del Golfo", en N. García Canclini (Comp.) *Cultura y postpolítica*, Conaculta, México, 1991; H. Schmucler, "La política como mercado o la desventura de la ética" en *Política y comunicación. ¿hay un lugar para la política en la cultura mediática?*, Catálogos, Córdoba, 1992.

paces de provocar reacciones —cambiar la intención de voto, modificar súbitamente los porcentajes de adhesión— pero no de alimentar la deliberación o el debate ideológico y menos de formar convicciones. Confundida con el discurso publicitario, la palabra del candidato es sometida a la fragmentación que impone el medio, a la levedad de sus contenidos, y su figura a la estética de los maquillajes de cualquier producto o de cualquier vedette. La acción política misma acaba identificada con el espectáculo massmediático: se gobierna o se hace oposición *de cara a la cámara*, o a los sondeos, que son otra forma de la indispensable y permanente producción de imagen. El segundo se desprende de ahí, de la hegemonía de la imagen *sustituyendo* la realidad: el mediador, el comunicador, acaba suplantando al político no sólo en el sentido primario —el periodista estrella que llega a tener más credibilidad y hasta poder que el parlamentario o el gobernador— sino en otro más hondo, el político va interiorizando la función comunicativa hasta vivir de la imagen que proyecta más que de las ideas u objetivos del partido que representa. La video-política sustituye a la vida política en el mismo proceso y al mismo ritmo en que el ciudadano va siendo reemplazado por el consumidor: el mercado no sólo achica y deshuesa al Estado sino que fagocita la sociedad civil, a la ciudadanía, convirtiéndola en instancia de legitimación de sus propias lógicas y discursos.

Lo mucho de verdad que hay en ese análisis impide paradójicamente llegar al fondo de los cambios que la videopolítica significa para la democracia. Encandilada con la luminosidad de su propio discurso, buena parte de la crítica se queda en el espectáculo, siendo incapaz de ver lo que el espectáculo *revela*: que la espectacularización es menos el efecto del medio sobre el mensaje que *la forma misma del discurso y la acción política* “cuando progresivamente separados del tejido social de referencia los partidos se reducen a ser sujetos del evento espectacular lo mismo que cualquier otro”¹⁸. Lo que significa dos cosas: que la *crisis de la política* viene de más lejos que la actual crisis política, es decir que lo que hay de disolución viene menos de fuera —de la espectacularización

18. G. Richeri, obra citada, p. 144.

televisiva y la mercantilización— que de dentro, de su propia corrupción interna y sobre todo, como apuntaba Richeri, de su separación, profesionalizada o caciquil, tecnocrática o clientelista, del mundo de la vida social. Y segundo, que aquello de lo que el análisis debe dar cuenta —para que sirva a la renovación de la política más que a la desencantada y resignada lamentación de los intelectuales y los científicos sociales— es de las dimensiones que conectan las transformaciones de la *cultura política* con las *nuevas sensibilidades* que el mundo de la massmediación televisual cataliza.

Mirado desde ahí, lo que estamos viviendo no es la disolución de la política sino la reconfiguración de las *mediaciones* en que se constituyen sus modos de interpelación de los sujetos y representación de los vínculos que cohesionan una sociedad. Pues aunque atravesados por las lógicas del mercado, los medios de comunicación constituyen hoy *espacios decisivos del reconocimiento social*. Más que a sustituir, la mediación televisiva o radial ha entrado a *constituir*, a hacer parte de la trama de los discursos y de la acción política misma, ya que lo que esa mediación produce es la densificación de las dimensiones simbólicas, rituales y teatrales que siempre tuvo la política. Es la especificidad de esa *producción* la que permanece impensada, y en cierta medida impensable, para la concepción *instrumental* de la comunicación que permea la mayor parte de la crítica. Porque el medio no se limita a vehicular o traducir las representaciones existentes, ni puede tampoco sustituirlas, sino que *ha entrado a constituir una escena fundamental de la vida pública*¹⁹. En los medios se hace, y no sólo se dice, la política. Cuando una emisora *popular* le da la palabra a una mujer de Ciudad Bolívar o Aguablanca para que le cuente al jefe del acueducto en persona que en su barrio llevan más de dos meses sin agua, y el funcionario se compromete *públicamente* a que en dos semanas estará solucionado el problema, ahí se está haciendo política, una política sentimentalizada y

19. G. Sunkel, "Imágenes de la política en televisión", en *La política en pantalla*, Ilet, Santiago de Chile, 1989.

vedetizada, pero la presencia de esas dimensiones afectivas y rituales, que el medio potencia, no despolitiza la acción, sino que reintroduce en la racionalidad formal las *mediaciones de la sensibilidad* que el racionalismo del *contrato social* creyó poder (hegelianamente) *superar*. Lo que nos devuelve a la pregunta por los cambios en la sensibilidad que están mediando las transformaciones de la socialidad, única vía quizás de que la política supere su alejamiento y se reencontre con la sociedad.

Destacaré tres de esos cambios que, en el movimiento de sus contradicciones, dicen la complejidad del momento que atraviesa la política. Frente a la, según Baudrillard, inevitable "implosión de lo social en la masa"²⁰, que vacía la sociedad de sentido reduciéndola a una existencia, y a una representabilidad, puramente estadística, otros sociólogos perciben en la disfracción de la masa una nueva organización de la socialidad. Una socialidad de *red*, hecha de *nudos* que serían las nuevas *tribus*²¹: esas nuevas grupalidades que particularmente las generaciones jóvenes viven en el cruce de la homogenización inevitable del vestido, de la comida, de la vivienda, con una profunda pulsión de diferenciación. Nuevas *maneras de estar juntos* cuya ligazón no proviene ni de un territorio fijo ni de un consenso racional y duradero sino de la edad y del género, de los repertorios estéticos y los gustos sexuales, de los estilos de vida y las exclusiones sociales. Y que frente a los tiempos largos, pero también a la rigidez de la identidades tradicionales, amalgaman referentes locales con símbolos vestimentarios o lingüísticos desterritorializados en un replanteamiento de las fronteras políticas y culturales que saca a flote la arbitraria artificiosidad de unas demarcaciones que han ido perdiendo la capacidad de hacernos sentir juntos. Es lo que nos descubren a lo largo y ancho de América Latina las investigaciones sobre las tribus de la noche en Buenos Aires, los chavos-banda en Guadalajara o las pandillas juveniles de las comunas nororientales de

20. J. Baudrillard, *A la sombra de las mayorías silenciosas*, Barcelona, Kairos, 1978.

21. M. Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990.

Medellín²². Lo que está conduciendo a la sociología a retomar la idea weberiana de la *comunidad emocional* —que remite a un cierto retorno de la *comunidad* abolida por la moderna sociedad, de que hablara Tönnies— para dar cuenta de las hondas transformaciones que atraviesa el *nosotros*, y la necesidad entonces de reintroducir lo sensible, y no sólo lo mensurable, en el análisis, de “estudiar lo que pasa en el nivel carnal y perceptible de la vida social”²³. Si la televisión le exige a la política negociar las formas de su mediación es porque ese medio le proporciona por primera vez acceso al *eje de la mirada*²⁴, desde el que la política no sólo puede penetrar el espacio doméstico sino reintroducir en su discurso la corporeidad, la gestualidad y la teatralidad, esto es la materialidad significativa de que está hecha “la interacción social cotidiana” (E. Goffman).

También desde la antropología se perciben cambios en la sensibilidad que afectan a la vida social: “la desaparición del nexo simbólico, la falta del dispositivo capaz de constituir alteridad e identidad”, cuyo resultado es la *acentuación del carácter abstracto y desencarnado de la relación social*²⁵. Abstracción que viene a conectar, paradójicamente, con otra dimensión de la massmediación: frente al *viejo* militante que se definía por sus convicciones y una relación pasional (cuasi corpórea) con la *causa*, el telespectador de la política es una pura abstracción, parte del porcentaje de una estadística. Y es a esa abstracción a la que se dirige el discurso político televisado, pues lo que busca ya no son adhesiones sino puntos en la estadística de los posibles votantes. Aunque aún sobrevive en nuestros países (como lo testimonian las sesiones televisadas del Congreso) el tono y la retórica de la política en la calle, hoy es casi

22. M. Margulis y otros, *La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, Espasa Hoy, Bs. As., 1994; R. Reguillo, *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Iteso, Gualajara, México, 1991; A. Salazar, *No nacimos p'a semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*, Cinep, Bogotá, 1990.

23. P. Sansot, *Les formes sensibles de la vie sociale*, p. 31, P.U.F., Paris, 1986.

24. E. Veron, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política” en *El discurso político*, Hachette, Buenos Aires, 1987.

25. M. Augé, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, p. 88, Gedisa, Barcelona, 1995.

impensable una identificación pueblo/líder como la que producía el grito de un "¡carajo!" en el discurso de Gaitán. En la televisión ese grito no sólo no resuena sino que sería un *gafe* que le puede costar muchos votos al candidato. Pues frente a la muchedumbre imprevisible que se reunía en la plaza conformando una *colectividad de pertenencia*, lo que ahora tenemos es la desagregada, individualizada experiencia de los televidentes en la casa. La atomización de los públicos trastorna no sólo el sentido del discurso político sino aquello que le daba sustento, el sentido del lazo social, esto es "el conjunto de las relaciones simbolizadas (admitidas y reconocidas) entre los hombres". Entonces, si los públicos de la política casi no tienen rostro y son cada cada vez más una estadística, ese es un cambio que no produce la televisión sino la sociedad, y que la televisión se limita a catalizar. Es el proceso de abstracción que está a la base de la modernidad —y del capitalismo— según Weber: el desencantamiento del mundo por una racionalización que deja sin piso las dimensiones mágico-místicas de la existencia humana, esa *jaula de hierro* en la que reina la razón instrumental, que al operativizar el poder fáustico, cognitivo y tecnológico del hombre, convierte al mundo en algo predecible y dominable pero también frío, insignificante e insípido. *Secular* significa para Weber una sociedad en la que la desaparición de las seguridades tradicionales resquebraja los lazos que hacían la integración de la ciudad. Con esa desintegración *conecta* la atomizada, la socialmente des-agregada experiencia de lo político que procura la televisión. Pero en esa experiencia no hay únicamente repliegue sobre lo privado sino una profunda reconfiguración de las relaciones entre lo privado y lo público, la superposición de sus espacios y el emborronamiento de sus fronteras. Lo que identifica la escena *pública* con lo que pasa en la televisión no son únicamente las inseguridades y violencias de la calle sino la complicidad del sensorium que moviliza la televisión con el de la *ciudad-no lugar*. Pues del *pueblo* que periódicamente se tomaba la calle al *público* que semanalmente iba al teatro o al cine, la transición conservaba el carácter colectivo de la experiencia, pero del público de cine a las *audiencias* de televisión el desplazamiento señala una decisiva transformación: la pluralidad social sometida a la lógica de la desagregación radicaliza la *experiencia de la abstracción*

políticamente no representable. La fragmentación de la ciudadanía es entonces tomada a cargo por el mercado que, mediante el *rating*, se ofrece a la política como su mediador.

En la actual reflexión de la ciencia política en América Latina, relievare el esfuerzo por pensar el cruce de los desafíos que plantean la sensibilidad posmoderna y la nueva visualidad social de la política. "¿Puede la política, en tanto aspecto parcial de la vida social, *representar* a la sociedad en su conjunto?"²⁶. Con ese interrogante abre N. Lechner un horizonte de comprensión de nuestro desencanto político que se ha revelado particularmente fecundo. Vinculando el recelo frente a todo tipo de discurso omnicomprensivo, que deriva de la diferenciación/escisión de diversas racionalidades, con el, a la vez estimulante y amenazante, "elogio de la heterogeneidad", Lechner centra en un primer momento el desencanto posmoderno en la *pérdida de fe en el Estado*, que de imagen de la colectividad pasa a ser reducido a su función administrativa perdiendo su dimensión simbólica, y en la *pérdida de fe en el progreso*, que se traduce en el *elogio del presente*, esto es una crisis de proyecto por el desdibujamiento del orden deseado. "A la crisis de mapas ideológicos, provocada por el colapso del socialismo realmente existente, se agrega una erosión de los mapas cognitivos. No contamos con códigos interpretativos para aprehender las vertiginosas transformaciones en curso(...) Y así no logramos hacernos una imagen del país que queremos y por ende la política no logra fijar el rumbo de los cambios en marcha"²⁷. En un segundo momento²⁸ el desencanto posmoderno es ligado por Lechner al *descentramiento* de la política, esto es a la indeterminación de su espacio, tensionado por la revalorización de la cultura y la moral, y al *enfriamiento de la política* por la desacralización de sus principios, la instauración de la negociación como forma de construcción colectiva del orden y el predominio de su dimensión contractual

26. N. Lechner, "Un desencanto llamado posmoderno", *Punto de vista* N° 33, p. 25 y ss. Buenos Aires, 1988

27. N. Lechner, en "América Latina: la visión de los científicos sociales", N° 139 de *Nueva Sociedad*, p. 124, Caracas, 1995.

28. N. Lechner, "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna", ya citado.

sobre la comunitaria.

En una reflexión convergente con la anterior, Oscar Landi viene desde hace años indagando el significado de la emergencia del concepto de cultura política en América Latina, hasta definirlo como "las formas de intervención de los lenguajes y las culturas en la constitución de los actores y del sistema político"²⁹. Lo que trae al primer plano del análisis los ingredientes simbólicos e imaginarios presentes en los procesos de formación del poder y los modos de interpelación y reconocimiento, esto es de *comunicación*, en que se constituyen los actores políticos. Frente a la vieja concepción meramente táctica de la democracia y puramente reproductiva de la cultura y la comunicación, democratizar nuestra sociedad significa hoy trabajar en el espesor de la trama cultural y comunicativa de la política. Pues ni la productividad de la política es separable de las batallas que se libran en el terreno simbólico —ya que es ahí donde se produce el sentido de lo social, el del reconocimiento mutuo— ni el carácter participativo de la democracia es hoy real por fuera de los modos y escenarios de la comunicación masiva. Lo que ha llevado a Landi a convertirse estos últimos años en uno de los más polémicos pensadores de la *videopolítica*³⁰. "Nos interesa la tv como una parte decisiva de la historia de la mirada y la percepción hoy convertidas en el campo principal de la cultura y la política". A partir de esa declaración, Landi revisa el lugar decisivo pero diferente del papel jugado por la televisión en los procesos de vuelta a la democracia en Argentina, Chile y Brasil: su presencia como escenario del debate de reconstitución de lo político y como protagonista que desubica a los partidos, reconfigura los discursos y espesa los rituales a la vez que sirve de intermediario entre política y marketing. Entre los prejuicios letrados y metafísicos sobre la *verdad en política* y la pseudo-utopía de la democracia electrónica con sus fantasías del referendun cotidiano vía modem, está "el debilitamiento de los partidos políticos y el simultáneo

29 O. Landi, *Crisis y lenguajes políticos*, p. 20. Cedes, Buenos Aires, 1983, del mismo autor, *Reconstrucciones: las nuevas formas de la cultura política*, Punto Sur, Bs. As. 1988.

30 O. Landi, "La política en las culturas de la imagen", en *Devorame otra vez: qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión*, Planeta, Bs. As., 1992.

desarrollo autónomo de la industria de las comunicaciones haciendo que en nuestras sociedades tiendan a escindirse el espacio de la representación institucional y el de la constitución simbólica de la política (...) Las culturas políticas suelen verse bajo el ángulo de las diferentes ideologías que las tiñen, pero también definen su perfil por el conjunto de géneros discursivos que engloban. ¿Y cuáles son sus lenguajes *apropiados*: los textos escritos, la música o la imagen?: en realidad lo que la sociedad considera como político en un momento dado es producto de la lucha política misma"³¹.

De ahí que los reproches de los políticos a la televisión busquen justamente disfrazar lo que ésta *hace visible en la política*: su corrupción y sus desconexiones con las nuevas sensibilidades, la transformación en los modos de acceso a la escena política y la desubicación social de los partidos al perder el control de la configuración simbólica de la representación. Y de ahí también que para los intelectuales las relaciones entre política y televisión se agoten (con contadas excepciones) en su maniquea oposición, con lo cual ahí no habría *nada que pensar*. Pero mirados antagónicamente lo que se deja de ver es justamente la tensión que enlaza la plaza y la pantalla, ese nuevo escenario de lo público, diseminado y móvil, "espacio virtual construido entre la plaza y la platea"³², expresivo de la complejidad actual de la socialidad urbana, del espesor cultural de sus mediaciones tecnológicas, de sus velocidades, fragmentaciones y flujos. En la Plaza de Mayo de Buenos Aires las madres de los desaparecidos desfilan cada semana en un acto político que no sólo no rehuye su representación televisiva sino que la busca. Porque la televisión no ocluye la acción sino que la resemantiza: en la plaza los protagonistas son las madres y los periodistas los espectadores, mientras en la pantalla los comunicadores adquieren el protagonismo de su mediación. Pero aun condicionada por los sesgos de la mirada y los requerimientos del medio, las madres de la Plaza de Mayo saben que esa

31. O. Landi, "Proposiciones sobre la videopolítica", en *Política y Comunicación*, p. 42, ya citado.

32. M. Mata, "Entre la plaza y la platea", en *Política y Comunicación*, pp. 61-77.

mediación hace posible que el país las vea, hace público su gesto contra el olvido. "La productividad de ese *entre*, espacio construido cooperativamente por quienes protagonizan la acción —los sujetos de la plaza— y por emisores, mediadores y receptores —protagonistas de la platea— permite asumir que lo que está en crisis son unas formas orgánicas de representación y participación que hoy múltiples actores reclaman desde la plaza pero que sólo pareciera realizarse desde la platea en ese espacio virtual que la televisión promete y realiza"³³.

También en Colombia los modos de actuar de los medios develan sus complejas conexiones con el país. La mejor expresión de esa complejidad está siendo su protagonismo en el proceso 8.000 y la reacción que ello ha producido en la clase política. En uno de los pocos análisis de fondo sobre lo que la actuación de los medios, especialmente de la televisión, ha tenido de develamiento y distorsión de ese proceso, German Rey³⁴ demuestra que resulta imposible comprender las nuevas alianzas entre fuerzas sociales, el incipiente desplazamiento de los caciques por figuras más técnicas de la gestión social, las nuevas experiencias de pluralismo y de organización ciudadana, sin estudiar los cambios que se han ido produciendo en los medios, desde la aparición en periódicos y noticieros de una nueva agenda de temas sociales como la educación, la ecología o la salud, el distanciamiento con respecto a los políticos tradicionales y la cercanía a los movimientos ciudadanos, los intelectuales y los académicos buscando iluminar la situación del país. Sin la *visibilidad* que los medios le han dado al proceso, la crisis producida en la política hubiera sido mucho menor o quizá inexistente. Pero esa visibilidad, aunque comienza a configurar una renovación de la esfera pública, se halla todavía atravesada por fuertes inercias de vedettización y personalismos, por estrategias de desinformación y desvío de la atención ciudadana, por el predominio del escándalo impactante sobre la investigación paciente... es decir, por el espectáculo del que se alimenta

³³ Ibidem, p. 74.

³⁴ Germán Rey, "Visibilidad y corrupción. Los medios de comunicación en el proceso 8.000", en *Opinión pública, encuestas y Medios de Comunicación. El caso del 8.000*. FESCOL, CEFER, Bogotá, 1997.

el negocio. Lo que no puede impedimos ver que hay una evolución en los medios que se inscribe activa, estructuralmente, en "la transición de una sociedad unanimista, premoderna, a una sociedad más compleja, urbanizada, más segmentada socialmente, pero menos persuadible y más móvil en sus opiniones, y a pesar de sus exclusiones más pluralista"³⁵.

No puedo terminar mi reflexión sin retomar el oficio de que hablé al inicio, es decir convocando a los científicos sociales a hacerse cargo de lo que en nuestra precaria democracia pasa hoy por las posibilidades que los medios abren a la renovación de la esfera pública. Lo que se traduce en algunas preguntas que dibujan problemas pendientes de investigación en el país. ¿En qué medida, y en qué aspectos, se puede hacer responsable a los medios, y sobre todo a la televisión, de la desfiguración y desinstitucionalización de la política en un país en el que los partidos llevan años desinstitucionalizándola? Si bien es cierto que al pasar por los medios audiovisuales la política tiende a generar identificaciones emocionales más que criterios racionales, ¿qué están haciendo los partidos y los movimientos sociales para contrarrestar dentro de los medios esa tendencia? ¿Los medios están reforzando los viejos lenguajes y las costumbres políticas tradicionales o contribuyendo a su renovación (por ejemplo construyendo una imagen positiva de los candidatos cívicos e independientes en las elecciones a alcaldes, difundiendo un discurso menos intolerante, valorando positivamente la entrada de nuevas demandas sociales en la agenda de los candidatos o denunciando su ausencia)? ¿Por qué la propaganda política en Colombia es casi siempre tan falta de imaginación y tan poco pedagógica? (En Chile una campaña de imaginativa y pedagógica publicidad política contribuyó decisivamente al no que impidió perpetuarse a Pinochet). ¿Qué está significando y cómo evaluar el desplazamiento que en el comando de la política están sufriendo los políticos por los comunicadores de los grandes medios y la capacidad de estos medios de dar entrada al escenario político de gentes venidas de los márgenes del país?

35. Germán Rey, "Política y medios de comunicación en Colombia: 1991-1996", *Contribuciones*, N° 50, p.129-144, Buenos Aires, 1996

Representación política y cultura ciudadana. El caso de la Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá

Manuel Espinel Vallejo

A manera de presentación

Para comenzar, quisiera dejar en claro que este texto no pretende ser un dechado de exhaustividad teórica, ni mucho menos mostrar toda la coherencia interna que cabría esperar de un artículo relativamente riguroso. Más bien sí pretende combinar el plano anecdótico con algunas reflexiones teóricas, combinación que a mi juicio permite ilustrar, de una manera si se quiere más cercana al quehacer cotidiano, el sentido que han ido adquiriendo los conceptos de representación política y cultura ciudadana en la actual administración distrital. Creo que no podía ser de otra forma, toda vez que el hecho de formar parte de esta Administración, en calidad de asesor del Programa de Cultura Ciudadana del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, me convierte en juez y parte de la misma, situación que no me permite guardar la suficiente distancia que se requiere para poder realizar este tipo de análisis. Sin embargo, aunque estas aclaraciones pueden sonar como una defensa de oficio —*excusati non petita*—, ante la posible debilidad de los argumentos aquí

expuestos, no significa de antemano que se esté claudicando ante la necesidad de hacer una reflexión seria sobre el sentido socio-histórico que tiene, para la ciudad y el país, una experiencia como la presencia de Antanas Mockus en la Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá. Creo modestamente que esta aproximación puede resultar un abrebocas interesante para el resto de discusiones y reflexiones que muy seguramente se seguirán desarrollando en otros foros.

Primera aproximación

A mi entender, resulta especialmente difícil tratar de definir la imagen política de Antanas Mockus como Alcalde Mayor de Santa Fe de Bogotá, por dos razones principales. En primer lugar, porque su imagen pública, como político y como administrador, ha sido permanentemente significada y resignificada, desde su paso por la rectoría de la Universidad Nacional de Colombia hasta su actual tránsito por la Alcaldía Mayor, por la forma como los medios de comunicación han presentado ante la opinión pública sus acciones tanto públicas como privadas. De hecho, muchos han afirmado que el *fenómeno* Antanas Mockus es un producto de los medios de comunicación. Al respecto, recientemente el analista de medios de comunicación Oscar Rincón comentó: “Antanas Mockus es uno de los pocos que ha comprendido que el mundo ha pasado de la política de las plazas a la telepólitica. Ha comprendido la lógica de los medios, que siempre buscan lo novedoso. Consciente o inconscientemente sabe dramatizar sus cosas, sobre todo para la televisión. Maneja el esquema del típico héroe de la televisión. Se enamora, tiene familia y lucha por ideales comunes a todos. Inclusive, pone a Bogotá como la novia que hay que consentir y querer. También juega al suspenso como lo hizo con Peñalosa, cuando desapareció después del debate y los medios se lanzaron en su búsqueda”. En segundo lugar, la emotiva *ideologización* que ha acompañado a los distintos juicios que han surgido tanto de sus críticos como de sus seguidores, produciendo en muchos casos una especie de polarización visceral frente a sus acciones, ha generado el suficiente ruido como para no permitir realizar una evalua-

ción razonablemente objetiva y sensata de los alcances y las limitaciones que ha tenido su gestión. Ni todo ha sido color de rosa ni todo ha sido negros nubarrones. Los matices claro oscuros son, si se quiere, los que mejor reflejan esta administración. Junto a cualquier logro positivo o importante para la ciudad, se tiende una sombra de inquietud e incertidumbre frente a la continuidad de las acciones particularmente en lo que podríamos denominar el período postantamista. Frente al esfuerzo titánico de tratar de cambiar la precaria cultura urbana de una ciudad como Bogotá, esfuerzo sólo comparable, al decir de algunos, con la obra de Werner Herzog, "Fitzcarraldo", se erige la duda y el escepticismo teóricos frente a sus reales alcances y posibilidades.

Entre el producto de los medios de comunicación y la pasión ideologizante de sus críticos y seguidores discurre la imagen política del actual alcalde. En ese cruce de coordenadas resulta, como lo mencioné anteriormente, difícil delinear un perfil relativamente sensato de su actuar y proceder políticos. Sin embargo, es posible encontrar en él una condición personal relativamente constante que, a mi juicio, marca de manera importante su accionar político. Esa condición tiene que ver con la preeminencia de su personalidad, de su estilo de vida en cada una de sus acciones, primero como rector de la Universidad Nacional de Colombia y ahora como alcalde de Santa Fe de Bogotá. Por eso, para definir su gestión recurro al concepto de "política de vida", acuñado recientemente por el sociólogo británico Anthony Giddens¹. Según este autor, la política de vida "se refiere a cuestiones políticas que derivan del proceso de realización del yo en circunstancias postradicionales, donde las influencias universalizadoras se introducen profundamente en el proyecto reflejo del yo y, a su vez, estos procesos de realización del yo influyen en estrategias globales... En este campo de actividad el poder es más generador que jerárquico. La política de vida es política de estilo de vida en el sentido serio y pleno"². El programa de política de

1. Giddens, A., *Modernidad e Identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona. Península. 1995, pp 265-291.

2. Se entiende estilo de vida, según el mismo Giddens, como un conjunto de prácticas más o menos integrado que un individuo adopta no sólo porque satisfacen necesidades utilitarias sino porque dan forma material a una crónica concreta de la identidad del yo. En Giddens, A., *Op. Cit.*, p. 106.

vida es, desde esta perspectiva, el resultado de una toma de decisiones regidas meramente por criterios internos, personales, pues la política de vida vuelve a poner de relieve precisamente aquellas cuestiones morales y existenciales reprimidas por las instituciones esenciales de la modernidad.

Parece relativamente claro que su estilo de hacer política ha estado y sigue estando influenciado por su propio estilo de vida. Por lo menos esto es lo que parece evidenciarse en su gestión como rector de la Universidad Nacional y actualmente como alcalde mayor. La exposición pública de su trasero, por llamarlo de alguna manera, en el Auditorio León de Greiff, ante el cúmulo de estudiantes allí agolpados; el desfunde de su espada rosada en el Palacio de Nariño; su matrimonio en el circo de los hermanos Gasca; la Navidad zanahoria; las jornadas de vacunación contra la violencia, etc., son algunas de sus acciones en público que ponen de relieve un tipo particular de hacer política; su ethos personal prima más que los límites prefijados por las formas tradicionales de hacer política en este país. Puede ser que eso sea lo que cautive a más de una persona. No lo sé. Puede ser que eso sea lo que constituye esa *especie de aura* que lo acompaña en muchas de sus acciones públicas. No estoy muy seguro de eso exactamente. Sin embargo, lo que parece claro hasta el momento es que la forma de Antanas Mockus se ha convertido en una especie de fuerza política subversiva de proporciones aún difíciles de medir. Esta subversión, al decir de Duvignaud, ya no tiene que ver necesariamente con el estallido de una bomba o de una violencia inmediata³. Las ideas o imágenes susceptibles de modificar las relaciones humanas pueden, como decía Nietzsche, progresar a paso de tortuga. De hecho, el contraste fuerte que ya ha generado el alcalde se ha convertido quizás en la energía que ha movilizado o habrá de movilizar su gestión o mejor la imagen de su gestión. En una entrevista reciente el mismo alcalde recordó una película lituana en la que se observaba cómo una comunidad, cansada de la corrupción de sus gobernantes decidió elegir al bobo del pueblo como su gobernante. A lo que nos enfren-

3. Duvignaud, J., *Herejía y subversión. Ensayos sobre la anomia*, Barcelona, Icaria, 1990, p. 33.

tamos en estas condiciones es a una opción, si no novedosa, si distinta de hacer política. La pregunta que nos podríamos hacer entonces es: ¿es esta opción la más adecuada para la ciudad? o, de otra forma, ¿está preparada la ciudad para esa opción?.

La puesta en escena de la Administración Distrital

Dos tipos de procesos han marcado de manera significativa la puesta en escena de la actual Administración Distrital. De una parte, el proceso de recepción del estilo de administración y del plan de gobierno del alcalde por parte de los funcionarios del Distrito, materializado en el diseño y elaboración del Plan de Desarrollo; de otra parte, el proceso de recepción de ese estilo administrativo y de las acciones de gobierno, particularmente las relacionadas con cultura ciudadana, por parte de la ciudadanía. Comencemos, entonces, discutiendo el proceso de recepción del programa de gobierno por parte de los funcionarios de la Administración Distrital.

Quizás lo que más marcó el curso de la actual Administración Distrital durante los primeros meses de gestión fue el proceso de recepción del programa de gobierno del alcalde Antanas Mockus, por parte de los distritales. Este proceso tuvo su máxima expresión en la elaboración del Plan de Desarrollo Económico, Social y de Obras Públicas para Santa Fe de Bogotá D.C. 1995 - 1998, *Formar Ciudad*. La especial coherencia que intentó establecer el Alcalde entre su programa de gobierno y el proceso de diseño y elaboración del Plan de desarrollo de la ciudad, imprimió un nuevo sentido al diseño de los planes de desarrollo. En efecto, este proceso se convirtió en un ejemplo vivo del estilo de trabajo que primaría durante su administración. Tratar de construir un plan de desarrollo basado en prioridades, es decir, elaborado a partir de líneas estratégicas para la ciudad, y no a partir de sectores como tradicionalmente se venía haciendo, resultó no sólo novedoso sino especialmente difícil de realizar, en términos de la forma como fue apropiado y comprendido por el conjunto de los funcionarios de la Administración Distrital, incluyendo a los del Departamento Administrativo de Planeación

Distrital. En otras palabras, el proceso de recepción de este nuevo estilo de trabajo por parte de los funcionarios de planta de la administración fue difícil y complejo. La mirada sistémica que el Plan de Desarrollo ofrece de la ciudad, en función de prioridades (cultura ciudadana, espacio público, medio ambiente, progreso social, productividad urbana y legitimidad institucional) que, de manera conjunta y sistemática, determinan la dinámica urbana, teniendo como telón de fondo una imagen actual y esperable de la ciudad en el futuro inmediato, chocó con los criterios que rutinariamente se venían empleando para realizar la planeación en el Distrito, que prácticamente sólo tenían en cuenta los sectores tradicionales y ciertas obras de infraestructura física y de servicios públicos.

En este sentido, el Plan de Desarrollo, a partir de una imagen de ciudad actual y futura, como proyecto relativamente compartido tanto por los funcionarios como por los ciudadanos, ha procurado introducir algún grado de coherencia y de regulación a los procedimientos administrativos que, en una u otra forma, están mediatizando las manifestaciones socioculturales de nuestra modernidad urbana y el proceso de modernización de la ciudad. En efecto, este hecho se ve reflejado en el intento de realizar una acción de gobierno en la que la autorregulación ciudadana, la regulación de la administración por parte de los ciudadanos y una nueva cultura institucional se convirtiesen en los promotores y facilitadores de la gestión del gobierno Distrital.

A pesar de este importante esfuerzo por introducir nuevos elementos al proceso de planeación de la ciudad, en este momento es posible afirmar, con relativa certeza, que la mayoría de los funcionarios que forman parte de la administración distrital no han podido interiorizar un esquema global, razonablemente estructurado, de lo que puede ser la ciudad actual y de lo que cabría esperar de ella en el futuro próximo, dentro del cual pudiesen inscribir y evaluar sus acciones y además, prever con algún grado de certidumbre el impacto de las mismas. Junto con lo anterior, también se ha presentado una dificultad para la apropiación y comprensión del sentido que tienen las prioridades del plan en la construcción de ese esquema global de la ciudad y su proyección en el futuro inmediato. El carácter sectorial de asumir tanto el proceso de planeación

como los problemas de la ciudad ha producido, en el conjunto de los funcionarios, una imagen fragmentada y sesgada de ella que, finalmente, termina manifestándose, en consecuencia, en la misma fragmentariedad, sesgo y poca coordinación con la que se desarrollan las acciones de la administración distrital. En la práctica, para muchos funcionarios distritales, la ciudad sigue siendo una especie de caja negra cerrada a todo tipo de comprensión y de intervención razonablemente efectiva. Aquella tradición de planear en función de sectores (salud, educación, vivienda, servicios públicos, trabajo, etc.) si bien podía garantizar la expansión, en términos de cobertura, y en algunos casos la consolidación del sector —siempre y cuando se cumpliera con lo planeado— no permitía desarrollar un esquema más o menos general de la ciudad, a partir del cual fuese posible evaluar el impacto de las acciones sectoriales a nivel metropolitano. De hecho, un recurso como el mapa digital de la ciudad que puede permitir cruzar diferentes variables y georreferenciarlas en su conjunto, a manera de simulacros urbanos, está siendo hasta este momento desarrollado y apropiado culturalmente por los funcionarios.

Por otra parte, para muchas personas vinculadas de planta a la administración resultó también bastante complicado compatibilizar su forma tradicional de elaborar y registrar proyectos de inversión con este nuevo esquema. Aunque este trabajo significó un gran esfuerzo para toda la administración, es muy importante reconocer que el proceso de planeación, a partir del adecuado diseño y elaboración de los proyectos de inversión, en función de las metas propuestas por cada una de las prioridades del plan, se ha constituido en un logro real aunque poco evidente de esta administración. Tener que registrar en el Departamento Administrativo de Planeación Distrital cada proyecto con sus respectivos objetivos, metas, planes de acción y flujos financieros, para garantizar su adecuada ejecución, ha representado un avance muy importante, no sólo en términos del seguimiento y evaluación de las acciones, a partir del cumplimiento de metas y de medición del impacto social de las mismas, sino en términos del control de la gestión y del gasto. En la mayoría de los casos los proyectos que se encontraban registrados en el banco de proyectos de Planeación Distrital eran meros enunciados, prácticamente

imposibles de seguir y de evaluar. Atender de manera seria y responsable este proceso de planeación significó entonces para la administración una cierta inercia al comienzo de su gestión, toda vez que ésta debía quedar razonablemente *amarrada* al adecuado diseño de los proyectos. A pesar de todas estas dificultades es muy importante señalar que junto con este proceso de planeación se crearon las herramientas necesarias para evaluar la gestión, más allá de los criterios de la ejecución presupuestal, considerados como el único medio para evaluar esa gestión, situación que en muchos casos se encuentra asociada al despilfarro de los recursos. Este proceso de planeación, la generación de criterios y herramientas diferentes para la evaluación de los proyectos y las reformas institucionales que se están poniendo en marcha se pueden convertir en verdaderos legados para la ciudad, en la medida en que generen una nueva cultura institucional.

Aunque a veces los intentos por consolidar este esquema de trabajo, no solo en el imaginario colectivo de los funcionarios distritales sino en sus mismas rutinas institucionales, parecen francamente quijotescos, es innegable que buena parte del futuro de la ciudad, a corto y mediano plazo, dependerá por lo menos desde esta perspectiva, de cómo se logre consolidar un nuevo estilo de planificación urbana. Como lo señala la socióloga mexicana Alicia Ziccardi, "...es necesario abordar los problemas de la ciudadanía y la complejidad de las relaciones que se viven en el contexto de la ciudad como un todo. El modelo de la ciudad, la ciudad que queremos, debe formularse previamente a cualquier proyecto de reforma urbana. Ello implica confrontar imágenes e intereses (actores y conflictos) en ámbitos territoriales definidos"⁴.

Además de las dificultades que se presentaron para realizar una planeación urbana, acorde con el acelerado dinamismo de la ciudad, el proceso de recepción del programa de gobierno por parte de los funcionarios distritales puso al descubierto, tanto la debilidad institucional como

4 Ziccardi, A., "De la reforma urbana a la democratización de los gobiernos locales", en Lucía Sánchez, A. (Ed.), *Procesos urbanos contemporáneos*, Colombia, Tercer Mundo Editoriales, 1995, p. 15.

la precariedad administrativa de las instituciones del Distrito, particularmente en lo que tiene que ver con la gestión administrativa. En su momento resultó razonablemente claro comprender cómo buena parte de la cultura institucional se había construido a partir de los favoritismos clientelistas, del aislamiento administrativo, de la poca capacidad de trabajo interinstitucional y de la adscripción y adhesión de muchos funcionarios a los concejales de turno ("ser la cuota del concejal tal o pascual"); de otra parte, la imagen institucional en general se había ido construyendo a partir de la imagen política del secretario o director de turno, como forma de hacer proselitismo dentro de la misma administración. Esto, aunado a las dificultades de interpretación de la Ley 80, a la multitud de espías o agentes dobles que circulan por los pasillos de la instituciones dispuestos a ofrecer *ciertas chivas* a los medios de comunicación o filtrar información al concejal de turno, a la tramitología que imponen los organismos de control como Personería, Contraloría y Veeduría, genera una intrincada y densa malla de obstáculos a la gestión y toma de decisiones institucionales. En este sentido, el ruido y las interferencias institucionales son verdaderamente alarmantes. De hecho, los procesos de control y fiscalización, más que contribuir a una eficiente y eficaz gestión institucional y al adecuado manejo de los recursos, genera, así no se quiera, una verdadera escalada de paranoia institucional. Muchas de las rutinas institucionales se realizan más en función de como *no tener problemas* con algún organismo de control o de cómo eludir las supuestas trabas administrativas que estos organismos imponen, que procurando garantizar el adecuado cumplimiento de la misión y los objetivos institucionales.

A pesar del anterior panorama, un hecho que indudablemente creó condiciones favorables para administrar la ciudad fue la decisión de no vincular a la Administración Distrital las *respectivas cuotas* de los concejales de turno y la de ser autónomo para el nombramiento de los colaboradores. Esto tuvo un doble efecto. Por un lado, quedaron claramente definidas las reglas del juego que irían a mediar la relación entre esta nueva administración de la ciudad y el Concejo de Bogotá y, por otro lado, se crearon las condiciones para un actuar si se quiere más democrático del Concejo. Al respecto, es bueno tener presente que el peso

específico de cada concejal en el momento de la toma de decisiones en las sesiones del Concejo de Bogotá, estaba determinado por el número de cuotas que tenía estratégicamente ubicadas en la administración de turno. A mayor número de cuotas, mayor peso en las discusiones y mayor capacidad de incidir sobre la toma de decisiones de la administración distrital. En este sentido, al romperse tal esquema, como efectivamente ocurrió, cabría esperar que cada concejal tuviese, por lo menos en principio, las mismas posibilidades en las discusiones ante los distintos funcionarios de la actual administración y ante el resto de los concejales. De hecho, aunque las relaciones con el Concejo de Bogotá han sido tirantes y complicadas, como consecuencia de este nuevo esquema para establecer las relaciones entre el Concejo de Bogotá y la Alcaldía Mayor, hay que reconocer que esas relaciones han sido más directas y abiertas, toda vez que los protagonistas, tanto por parte de la administración como por parte del Concejo, se ven obligados a poner más claramente sus intereses sobre la mesa en el momento de la toma de decisiones, hecho que indudablemente hace más francos los debates y las discusiones. En otras palabras, al ser las reglas del juego claras los protagonistas pueden saber de antemano a qué atenerse. En resumen, es posible afirmar que, independientemente de los fenómenos de corrupción, las rutinas y los procedimientos institucionales de muchas entidades distritales han sido tan rígidos, sesgados, poco permeables e ineficientes como para garantizar una rápida y adecuada recepción del programa de gobierno de la actual administración. Esto significa o mejor significará que a pesar de los esfuerzos de esta administración, en muchos funcionarios seguirá presentándose una visión fragmentada, sectorial y poco coordinada para enfrentar los problemas de la ciudad.

Como se mencionó al comienzo del texto, el otro acontecimiento que marcó la puesta en escena de la administración distrital fue el proceso de recepción del programa de gobierno por parte de la ciudadanía. Para hablar del sentido que tuvo este proceso es menester referirse en primera instancia a la prioridad cultura ciudadana, toda vez que, en lo fundamental, esta recepción tuvo que ver con las expectativas que, alrededor de esa propuesta, se crearon propios y extraños.

La puesta en escena de la cultura ciudadana

Desde el comienzo de esta administración la mayoría de las expectativas de los habitantes de Santa Fe de Bogotá, tanto de los que votaron como los que no votaron por el actual alcalde mayor, se centraron en el programa de cultura ciudadana, no sólo por su aparente novedad sino porque el mismo alcalde fue muy cauto en no generar muchas expectativas sobre aquellos problemas que a su juicio no podían ser resueltos o solucionados de manera satisfactoria para la ciudad durante los tres años de su mandato. Su visión, si se quiere minimalista, de la gestión pública, proyectó cierta sensación de mesura, cautela, reserva y para algunos, franca *tacañería*, frente a las acciones concretas que se podían emprender efectivamente en la ciudad. Aunque resulta muy difícil afirmar que hubo voto programático en la elección de Antanas Mockus, su gestión ha pretendido dar plena preeminencia al programa de gobierno ofrecido a los electores, tal como se mencionó anteriormente, fórmula a través de la cual se ha tratado de articular de manera razonablemente coherente la acción de gobierno con las posibles expectativas generadas entre dicho electorado. Lo complejo de esta situación es que muchos de los electores fincaron más sus expectativas en la imagen proyectada por el alcalde que en su mismo plan de gobierno. Esto indudablemente ha generado confusión y perplejidad entre los ciudadanos a la hora de contrastar esa imagen con las acciones que se llevan a cabo, en cumplimiento de ese programa de gobierno, muchas de ellas frenadas por el lastre de las limitaciones de la administración, los problemas históricamente acumulados de la ciudad y los imaginarios fatalistas que se han ido arraigando entre los ciudadanos.

Teniendo como telón de fondo este complejo juego de generación y producción de expectativas, el programa de cultura ciudadana fue quizás el único que explícitamente se ofreció a la ciudadanía como el significativo que iría a caracterizar esta administración. En efecto, baste decir que en su comienzo el programa generó muchas expectativas, así no se conociese su significado ni mucho menos su contenido. El uso de los recursos simbólicos o simplemente de los símbolos y de los juegos ciudadanos para administrar la ciudad llamaba la atención en una gran

cantidad de personas. En la práctica la experiencia de los mimos en la *Calle 19* reforzó de manera contundente este tipo de imagen.

A pesar de este ambiente que, a primera vista, se antojaba propicio para desarrollar el programa de cultura ciudadana, algunas dificultades no han permitido ejecutarlo en una proporción acorde con las expectativas creadas. En buena medida las dificultades que ha tenido que enfrentar el programa de cultura ciudadana para poner en escena sus acciones han tenido que ver con la difícil tarea de traducir administrativamente, no sólo para los funcionarios sino para la misma ciudadanía, el hecho de que lo simbólico y lo lúdico, sin tener la aparente materialidad de las obras de infraestructura física, pueden producir el mismo sentido de realidad y de construcción de ciudad que las mismas obras físicas. Dentro de este contexto, maniatado por un verdadero nudo gordiano, en el que se anudan aspectos conceptuales, metereológicos, políticos y de gestión propiamente administrativa, ha tenido que fraguarse y desarrollarse el programa de cultura ciudadana.

Comenzar este programa significó para Paul Bromberg, director del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, responsable de desarrollar y ejecutar sus acciones y para el equipo que conformó, un acertijo difícil de resolver y una caja de pandora que al abrirse, dejaba escapar un sinnúmero de imprevistos y sorpresas que, en muchos casos resultaban difíciles de prever. En estas condiciones por lo menos tres factores se conjugaron para hacer difícil la puesta en escena del programa: uno de orden político, otro de orden administrativo y otro de orden conceptual. Aunque estos tres factores o *grados de dificultad de la prioridad* han estado presentes a lo largo de la gestión, su papel y relevancia no ha sido el mismo en todo momento. Cada una de estas dificultades se ha expresado de manera diferente y con su propia lógica interna. Veamos.

Desde el punto de vista de su desarrollo teórico y conceptual, el programa adoleció de limitaciones en su concepción y en su apropiación. El solo hecho de plantearse la posibilidad de intervenir sobre el curso de precaria dinámica cultural de una ciudad como Bogotá, genera dudas y escepticismo no sólo en lo teórico sino en lo práctico. Como señala José Joaquín Brunner, la dinámica cultural cotidiana, relativamente estable y caracterizada por un fuerte componente de construcción de rutinas que

sirven para estabilizar los sentidos de la vida, el manejo de la identidad y para la puesta en escena de roles frente a otros "apenas puede ser tocada por políticas, o sea, por diseños deliberados de intervención que mediante el empleo de medios eficaces procuran obtener efectos deseados"⁵.

El panorama no puede ser más complicado si rápidamente revisamos algunos de los elementos que en su conjunto han dado cuerpo a esa precaria cultura urbana. Recientemente el profesor Alvaro Camacho Guizado nos recordaba, de una manera muy lúcida, las difíciles condiciones de convivencia que experimentamos los bogotanos, comparativamente con otras ciudades de la región⁶. "Baste decir —escribe el profesor Camacho— que ninguna de esas ciudades fue testigo de los 18.136 homicidios de hubo en Bogotá entre 1992 y 1995. En ninguna de ellas hubo 3.657 homicidios en 1995, lo que nos da un promedio de 10 diarios, sin contar los accidentes de tránsito. Con toda probabilidad en ninguna de ellas se produjeron 1.031 asaltos a residencias (2.8 diarios), ni 13.027 atracos a personas (35,5 diarios), ni 382 asaltos bancarios (1,05 diarios) en ese mismo año". Las cifras hablan por sí solas.

Aunque Bogotá comparte ciertos bienes, hábitos y lenguajes con otras ciudades de la región para cada cosa en común, hay también una respectiva torsión, una discontinuidad y un idiolecto local. Hay diferencias no sólo físicas, sino económicas, históricas y culturales. Bogotá puede ser una de las ciudades latinoamericanas que proporcionalmente más rápido ha crecido en los últimos 50 años. Durante ese lapso la población de Bogotá creció cerca de 20 veces. Ciudad de México, por ejemplo, aunque cuenta con una población 2,5 veces mayor a la de Bogotá, durante ese período su población creció unas 15 veces. Su tasa de crecimiento anual, del 2.9%, sí parece ser la más alta de la región⁷. Según Planeación Distrital, cada año aparecen 220 hectáreas urbanizadas ilegalmente. En

5. Brunner, J., *América Latina: cultura y modernidad*, México, Grijalbo, 1992, p. 206

6. Camacho, A., "Ciudades sin ciudadanos", Bogotá, *El Tiempo*, Lecturas Dominicales, 1996, junio 2, pp. 4-5.

7. Ministerio de Desarrollo Económico, Viceministerio de Vivienda, *Ciudades y ciudadanía. La política urbana del Salto Social*, Santa Fe de Bogotá, Presidencia, 1995.

su rápido crecimiento. Bogotá se ha convertido en una ciudad con una alta informalidad. En efecto, cerca del 50% de las familias bogotanas derivan su sustento de actividades económicas no formales (servicios personales) y cerca de la mitad del crecimiento urbano se ha debido a la construcción informal, pirata y especulativa. Este rápido vistazo de la conformación urbana de Bogotá, puede ser razonablemente perfilado si le incluimos la debilidad y precariedad de la burocracia distrital para prever el impacto que tienen estos procesos de informalización económica y urbanística sobre los habitantes y el medio ambiente urbano y para dar respuesta, de manera eficaz y efectiva, a la tensión que esos mismos procesos generan sobre la vida cotidiana de los habitantes. Si a lo anterior le sumamos las transmutaciones que puede experimentar la sensibilidad y la subjetividad del habitante urbano debido a estas transformaciones aceleradas⁸, el panorama de la cultura urbana de una ciudad como Bogotá no puede ser el más halagüeño que digamos.

8. Simmel había dado cuenta de este tipo de transformaciones: "el fundamento psicológico sobre el que se alza el tipo de individualidades urbanitas es el acrecentamiento de la vida nerviosa, que tiene su origen en el rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones interna y externas". La ciudad impone a la conciencia de sus habitantes una vertiginosa aglomeración de imágenes y un brusco distanciamiento entre la percepción y los sentimientos que estas imágenes producen, en cuyo interior lo que se abarca con la mirada es la imprevisibilidad de las impresiones que se imponen. El habitante urbano, nos recuerda Simmel, se encuentra sometido al influjo creciente de una multiplicidad de personas y de imágenes que se aglomeran en tiempo y espacio y, sobre todo, se encuentra afectado de manera sensible por el intercambio económico. De hecho, este habitante tiende a reaccionar de manera defensiva frente al desarraigo con el que le amenazan las corrientes y discrepancias de este medio externo: en lugar de sentimientos, reacciona frente a ese torbellino exterior, en lo esencial con fragmentos limitados de su entendimiento, la más de las veces superficiales, para los cuales, procura la prerrogativa anímica. Con esto, la reacción frente a aquellos fenómenos se traslada a esferas psicológicas menos perceptibles, distantes al máximo de la profundidad de la personalidad. Lo esencial en este ámbito psicológico-económico, que comienza a caracterizar a este urbanitas, se nutre casi por completo de la producción para el mercado, esto es, para consumidores completamente desconocidos, que nunca entran en la acción del auténtico productor. En virtud de esto, el interés de ambos partidos adquiere una especie de objetividad y anonimato despiadados; su egoísmo, conforme con un entendimiento calculador, que en nuestro caso es bastante precario y rudimentario, no debe temer ninguna desviación por imponderables de las relaciones personales. Simmel, G., *El individuo y la libertad*. Ensayos de crítica de la cultura, Barcelona, Península, 1986. (Ver particularmente el capítulo "Las grandes urbes y la vida del espíritu") El profesor Alvaro Camacho resume esta última parte de una manera contundente: "la lógica de la ventaja concreta un individualismo extremo en nuestros comportamientos ciudadanos, en el que se estimula el lucro personal en cualquier actividad".

En estas condiciones resultaba ingenuo, pretencioso y por qué no irresponsable, pensar que con sólo acciones voluntaristas de una administración, por bien intencionadas que éstas fuesen, se pudiese cambiar ese estado de cosas. Por ello la idea que comenzó a ganar fuerza fue la de introducir a esa experiencia urbana algún tipo de mediación simbólica que pudiese canalizar las tensiones ciudadanas hacia experiencias menos violentas y conflictivas y mitigar en alguna medida el impacto negativo de sus consecuencias. No se trata de eliminar el conflicto ni de retornar a una supuesta ciudad idílica y nostálgica, perfectamente transparente y aséptica, que de hecho nunca ha existido. Los conflictos seguirán y la experiencia urbana seguirá siendo acelerada y mutante. Por lo menos eso es lo que ha ocurrido en la mayoría de ciudades occidentales. Pero conflictiva, acelerada y mutante no significa aterradora ni violenta. Hay formas distintas a la violencia y al terror que garantizan una adaptación más adecuada de la subjetividad a esta nueva experiencia. En otras palabras, es posible introducir dentro de la trama compleja, contradictoria y violenta del tejido social que caracteriza nuestras formas de socialidad o sociabilidad, nuevas mediaciones que permitan garantizar un trámite pacífico y responsable ante los conflictos que cotidianamente se presentan.

Los esfuerzos teórico y práctico se centraron, entonces, en primer lugar, en tratar de modificar ciertos comportamientos individuales y colectivos que riñen fuertemente con la vida social de la ciudad, a través de la autorregulación ciudadana, de la capacitación de funcionarios y del rediseño y construcción de algunos espacios urbanos en los cuales interactúan los ciudadanos entre sí y con los funcionarios; en segundo lugar, a intentar construir colectivamente una imagen de ciudad compartida, actual y futura y, finalmente, a buscar que la comprensión y el respeto de las reglas confiera identidad ciudadana y sentido de pertenencia.

De hecho, la cultura ciudadana se entendió como el conjunto de actitudes, costumbres, acciones y reglas mínimas compartidas por los individuos de una comunidad, que permite la convivencia y generan sentidos de pertenencia. Incluye el respeto por el patrimonio común y el reconocimiento a los derechos ciudadanos, a los deberes frente al Estado

y a los demás ciudadanos. Por consiguiente, donde hay cultura ciudadana hay reglas de juego y límites respetados entre desconocidos. Hay reconocimiento de los deberes por parte de los ciudadanos y reconocimiento de los derechos de los particulares por parte de los funcionarios. Donde hay sentido de pertenencia se respeta el patrimonio común y se adhiere al proyecto de mejorar la ciudad⁹.

⁹ Cambiar en alguna proporción las actitudes arriba expuestas implica, en buena medida, desarrollar mecanismos y procedimientos de regulación y control de los comportamientos ciudadanos que hacen visibles esas actitudes, de manera que no dañen con la vida colectiva ni deterioren el patrimonio común. La combinación de mecanismos de regulación cultural y de tipo legal, en ese orden, parece ser una de las alternativas centrales para modificar esos comportamientos. Promover entre la ciudadanía formas de autorregulación de su comportamiento, particularmente cuando se encuentran en presencia de desconocidos, es el punto de encuentro donde confluyen las acciones de la prioridad. Ello implica necesariamente adecuar aquellos contextos donde esos encuentros se realizan, con el fin de poner en evidencia el tipo de roles y comportamientos pertinentes y relevantes que deben asumir los involucrados o comprometidos en la situación y el tipo de significados que se pueden evocar o intercambiar en dicha situación. Pero, además, es muy importante desarrollar un cierto sentido de la prospección de las consecuencias de nuestros comportamientos, en una situación determinada, no sólo para los demás sino para la misma ciudad. El inmediatismo económico recorta significativamente ese sentido de prospección con las consecuencias ya anotadas.

El desarrollo de procedimientos eficaces de autorregulación de los ciudadanos dependerá, en buena manera, de aceptar, seguir y respetar ciertas reglas mínimas que rigen nuestros comportamientos en determinados contextos urbanos. De hecho, buena parte de los mecanismos de regulación y control social y cultural dependen del seguimiento de mínimas reglas que garanticen la convivencia colectiva y la coexistencia pacífica entre desconocidos. La ciudad, en términos de escala, nos arrojará permanentemente al anonimato, como un proceso propio de la vida urbana. Esto nos obliga a establecer procedimientos que garanticen poder interactuar permanentemente con desconocidos, sin que esto represente una tensión o conflicto constante. A pesar de esas dificultades arriba expuestas, se hace necesario el desarrollo de normas mínimas que garanticen, al menos en algunos contextos urbanos, la posibilidad de interactuar y cohabitar la ciudad de manera autorregulada, es decir, siguiendo, aceptando y haciendo cumplir esas normas. La autorregulación está en la base de la gobernabilidad de la ciudad y de la búsqueda de alternativas ciudadanas que permitan resolver paulatinamente muchas de esas dificultades, particularmente aquellas relacionadas con la convivencia y la seguridad.

De hecho, el tema de la seguridad es particularmente relevante dentro de la cultura ciudadana. La vigencia de actitudes intolerantes junto con la violencia en las relaciones sociales y la desprotección ciudadana ante los riesgos, contribuye probablemente más a la inseguridad que las diferencias socioeconómicas. Por otra parte, la baja capacidad para disminuir amigablemente conflictos, la debilidad del sentido de deber ciudadano y la limitada voluntad y capacidad de la comunidad para ejercer adecuadamente presión social, terminan expresándose en altos grados de intolerancia, amenazas y violencia. Además, al menos en parte, la ineficiencia de las labores de vigilancia y represión inmediata de las contravenciones y de los delitos se debe a la falta de cooperación y respaldo ciudadano. La debilidad de la justicia tiene relación con el incumplimiento de los deberes ciudadanos y la falta de apropiación cultural de las normas jurídicas.

En la práctica, estas formas de acción imponían al equipo de trabajo de cultura ciudadana retos teóricos suficientemente importantes y un nivel de coherencia tal en las acciones que en muchos casos resultaba difícil de alcanzar de manera satisfactoria. De hecho, un programa como éste, con un grado de abstracción importante, debido a las honduras teóricas inherentes a su misma concepción, plantea retos individuales y colectivos que, a pesar de ser apasionantes, resultan difíciles de materializar en la práctica, particularmente si tenemos en cuenta las limitaciones administrativas a las que posteriormente nos referiremos. Esos son los costos que la realidad impone a la teoría y que la misma teoría impone a la realidad. Verdadero reto que se le presenta a los académicos cuando tratan de poner todos sus conocimientos y sus teorías al servicio de la administración de la ciudad. La duda, el escepticismo y el relativismo que acompañan al trabajo académico comienzan a convertirse en problemas a la hora de ejecutar acciones de gobierno.

Otro punto neurálgico para el desarrollo del programa ha sido el administrativo. Y éste tiene ver en lo fundamental con la adscripción de la mayor parte del programa al Instituto Distrital de Cultura y Turismo (IDCT). Si se hubiese seguido con la tradición reciente, este programa se podía haber adscrito a alguna de las consejerías ya existentes o crear una consejería especial, adscrita a la misma Alcaldía Mayor, para desarrollar las actividades de este programa. Sin embargo, con el fin de fortalecer la misma administración Distrital, los tres principales proyectos prioritarios de cultura ciudadana (autorregulación ciudadana, adecuación de contextos y animación institucional y capacitación de funcionarios), quedaron inscritos en Planeación Distrital por parte del IDCT. Y cuando afirmamos que este hecho se constituyó en una limitación para ejecutar esos proyectos, no fue por la decisión en sí misma sino porque las limitaciones y debilidades administrativas de este Instituto hacían bastante arduo desarrollar las acciones de cada proyecto. El IDCT tradicionalmente venía desarrollando en lo fundamental actividades de fomento al arte (Teatro Municipal Jorge Eliécer Gaitán, Media Torta, Cinemateca Distrital, Academia Superior de Arte de Bogotá, Academia Luis A. Calvo), algunas escasas actividades de fomento a la ciencia (Planetario Distrital) y al turismo. La ausencia de una política cultural clara para el Distrito

Capital, la preeminencia de una concepción de cultura identificada, como lo señala el mismo Brunner, "con las bellas artes, con las páginas dominicales de los grandes periódicos urbanos y con el consumo conspicuo de obras y símbolos revestidos de un aura luminosa"¹⁰, la presencia de un número alto de funcionarios con poca calificación y la precariedad de recursos que tradicionalmente venía manejando, hacían del Instituto una entidad demasiado débil para desarrollar el programa central de esta administración. Aunque para el programa de cultura ciudadana tenía asignado sólo el 0,7% de los recursos de inversión del Plan de Desarrollo, estos recursos superaban en mucho los recursos que venía manejando el IDCT. Además, la concepción de cultura ciudadana y las formas de acción del programa¹¹ poco o nada tenían que ver con los proyectos que había ejecutado el IDCT en años anteriores. Esto obligó a la conformación de un equipo de trabajo completamente nuevo que paralelamente con los funcionarios de planta del Instituto responsables de la ejecución de los proyectos del Instituto propiamente dichos, debían desarrollar los proyectos prioritarios de cultura ciudadana arriba mencionados.

A pesar de estos cambios, administrativamente estos proyectos dependían y siguen dependiendo del IDCT. A diferencia de la mayoría de entidades del Distrito, al IDCT, en cabeza del profesor Bromberg, le tocó desarrollar de nuevo un programa, ejecutarlo y mostrar resultados simultáneamente. En la práctica, lo anterior, a pesar de ser considerado como un verdadero reto por superar, poco a poco se iba convirtiendo en una especie de *suicidio administrativo*. En efecto, este cambio brusco en las rutinas y prácticas cotidianas que llevaban a cabo los funcionarios del IDCT, generó serias dificultades administrativas para poder ejecutar las distintas acciones de cada proyecto. En otras palabras, la *cultura institucional del IDCT* no se encontraba preparada ni muchos menos ade-

10. Brunner, J., *Op. Cit.*, 97.

11. Para ejecutar las acciones del programa de cultura ciudadana se constituyeron seis campos o frentes de trabajo: seguridad y convivencia, espacio público y contextos de socialización, imagen de ciudad, medio ambiente y servicios públicos, relación funcionarios-ciudadanos, y tránsito y transporte públicos.

cuada para poder responder a los rápidos y acelerados ritmos institucionales que imponía la nueva administración. Si se quiere, las rutinas administrativas se multiplicaron de 5 a 10 veces en muchos casos, hecho que desbordó completamente las posibilidades institucionales. Esto nuevamente pone en evidencia las dificultades de la recepción del programa de gobierno por las instituciones Distritales, particularmente sus funcionarios.

De otra parte, al ser la prioridad de cultura ciudadana la columna vertebral del Plan de Desarrollo, sus acciones tenían que ver en mayor o menor grado con actividades de las otras prioridades del Plan. Esto significó, en lo fundamental, que la prioridad de cultura ciudadana quedara relacionada en doble vía con las otras cinco prioridades, situación que introdujo un alto grado de dificultad y complejidad a las acciones toda vez que su ejecución y el impacto habrían de depender, en buena medida, de la eficiencia de las coordinaciones interinstitucionales y del grado de compromiso de los funcionarios medios del resto de instituciones del Distrito. Y a su vez, en la medida en que las acciones de cualquiera de las distintas entidades del Distrito tenía algún grado de impacto sobre la ciudadanía y sobre los patrimonios ambiental, urbanístico y cultural, sus resultados, si eran positivos, contribuirían sinérgicamente con el programa de cultura ciudadana, pero si eran negativos, desacreditarían las acciones del programa, es decir, si bien la intersectorialidad es fundamental para el buen desarrollo de cultura ciudadana, las acciones institucionales erráticas definitivamente habrán de repercutir de manera negativa sobre cultura ciudadana, como de hecho ha ocurrido en algunas ocasiones.

A lo anterior hay que sumarle el hecho de que el impacto de las acciones de cultura ciudadana, en términos de cambios de comportamientos ciudadanos, no ha resultado fácil de determinar a corto plazo y muy parcialmente a mediano plazo; sólo el largo plazo podía dar cuenta definitiva del impacto de las acciones de cultura ciudadana en la dinámica sociocultural urbana. Esto a su vez tenía que ver con el proceso de *medición* de los resultados, sea ésta cualitativa o cuantitativa, la que en la mayoría de los casos, había que realizar de manera indirecta y con importantes sesgos a la hora de realizar la interpretación, debido a la

gran cantidad de variables que intervienen e interfieren con el análisis.

Además, como cabría esperar, hay que contar con un porcentaje importante de incertidumbre en relación con los efectos concretos que podrían tener sobre los comportamientos ciudadanos las acciones de intervención cultural, por denominarlas de alguna manera. Esto se debe, en lo fundamental, como afirma Bourdieu, a que "las líneas de acción generadas por los hábitos cotidianos no pueden tener la regularidad y nitidez de las conductas derivadas de la aplicación de una norma o de un principio jurídico... Estos hábitos están indisociablemente ligados con la imprecisión y la ambigüedad, y a que obedece a una lógica práctica, es decir, aquella de la vaguedad y la aproximación que define la relación con el mundo ordinario"¹². Resulta por tanto muy complicado tratar de estructurar datos precisos a partir de una realidad básicamente ambigua, tarea que requiere más de una serie de conjeturas flexibles, provisionales y polimorfos, que de conceptos rígidamente definidos y calibrados. Todas estas dificultades esperables y explicable teóricamente, en la práctica y sobre todo en el ambiente político que comenzaba a rodear a esta administración, hacían altamente vulnerable el programa y por que no, hacían que se constituyese en el talón de Aquiles político de la administración.

Quizás el problema político más difícil de afrontar en un primer momento fue la relación con el Concejo de Bogotá. Un hecho puede resultar paradigmático al respecto. A pesar que en diciembre de 1994, por expresa solicitud del alcalde Jaime Castro, el Concejo de Bogotá había autorizado 23 mil millones de pesos para ser ejecutados en proyectos de cultura ciudadana durante 1995, el Concejo dejó *amarrado* este acuerdo a la aprobación del nuevo Plan de Desarrollo que, como se recordará, sólo ocurrió en junio de 1995, a través del Decreto 235 del mismo año¹³. Esto significó que durante el primer semestre de 1995 fuera imposible

12. Bourdieu, P. y Wacquant, L., *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995, p. 27.

13. Es importante recordar también que la aprobación del Plan de Desarrollo por un decreto del alcalde y no por acuerdo del Concejo de Bogotá generó bastantes tensiones que, con el tiempo, se fueron enfilando hacia el programa de cultura ciudadana.

para el IDCT ejecutar recursos en proyectos de cultura ciudadana, so pena de cometer un peculado por apropiación. En la práctica esta situación dejó maniatado al profesor Bromberg y a su equipo de colaboradores.

Es claro que al ser cultura ciudadana la prioridad, el programa *bandeja de la actual administración*, todos los detractores de esta administración estaban con los ojos muy abiertos con el fin de detectar cualquier irregularidad en su desarrollo y ejecución, generar así el malestar respectivo y con ello tratar de enlodar y desprestigiar a la administración. En estas condiciones, cultura ciudadana estaría permanentemente ubicada en el *ojo del huracán* de las críticas y de los comentarios maledicentes. Aunque hay que reconocer que han existido críticas serias al programa como las que tienen que ver con el ritmo de ejecución de los proyectos de cultura ciudadana, con la falta de continuidad de algunas acciones que en primera instancia dieron aparentemente buenos resultados —tal es el caso de los mimos en la calle 19—, con la falta de un alcance metropolitano real, con cierta ambigüedad del modelo pedagógico que se ha estado utilizando, con el alcance limitado de las acciones emprendidas en la calle 80, con la ausencia de un lenguaje claro para los sectores pobres de Bogotá, etc., también se han hecho críticas que en ningún momento se corresponden con la realidad, particularmente en lo que tiene que ver con el ritmo de ejecución de los proyectos del IDCT y con los contratos realizados. En esto se ha percibido un especial interés por algunos sectores del Concejo de Bogotá y de los medios de comunicación por distorsionar la información y no dar cabida a las rectificaciones del caso hechas por el director del IDCT, profesor Bromberg. Esto indudablemente genera un ambiente de tensión y en ocasiones de franca prevención frente al desarrollo del programa.

Con estas dificultades a nuestras espaldas, por mencionarlo en términos de actualidad, es posible sacar algunas conclusiones con respecto al proceso de recepción del programa por parte de la ciudadanía.

En primer lugar, aunque el programa no ha sido diseñado para un sector específico de la población de Bogotá, su recepción ha sido mejor en sectores medios de la población, particularmente en grupos de estudiantes, empleados o de personas profesionales, ubicadas en los estratos socioeconómicos 3 y 4 que según cifras del Departamento Administrati-

vo de Planeación Distrital, representan cerca del 50% de la población de Bogotá. Esto es explicable toda vez que estos sectores son más sensibles a las estrategias y controles simbólicos debido, en lo fundamental, a su importante movilidad socioespacial (de clase y urbanística). De otra parte, los contextos urbanos que utilizan estos sectores, comparativamente hablando con los contextos urbanos de los estratos 1 y 2 se encuentran más adecuados, físicamente hablando, para realizar programas de autorregulación ciudadana. En el programa de los cruces (cebras), por ejemplo, los resultados son altamente positivos en sectores de la ciudad en los que viven personas de clase media. En estrato 1 y 2 los resultados no son tan buenos, entre otras cosas, porque en muchas de sus avenidas o calles principales no se encuentran demarcadas las zonas de cruce peatonal. Además, es claro que en condiciones de pobreza extrema, los procesos de autorregulación tienden a desvirtuarse debido a la inadecuación de la mayoría de los contextos urbanos, en términos de mobiliario y equipamientos, particularmente públicos. En estas condiciones, y refiriéndonos al cambio de comportamientos, la siguiente metáfora puede resultar ilustrativa: "cuando todo en el ambiente está contaminado, lavarse las manos, con respecto al cólera y la fiebre tifoidea, resulta igual que estrujárselas"¹⁴.

En segundo lugar, las acciones de cultura ciudadana, así hayan sido limitadas hasta el momento en algunos casos, han puesto en evidencia la existencia de una intrincada red de intereses que, aunque altamente funcional para muchos sectores, es bastante precaria y conflictiva, toda vez que esos intereses particulares han primado por encima de los intereses generales de la ciudad¹⁵. Este inestable equilibrio de intereses urbanos ha sido el resultado, entre otras cosas, de la acumulación de conflictos urbanos *resueltos*, no resueltos o resueltos parcialmente de manera clientelista, con el fin de no perder cauda electoral. Tal es el caso del uso

14. McKeown, Th., *El origen de las enfermedades humanas*, Barcelona, Crítica, 1990.

15. Al respecto el siguiente comentario es pertinente: "es tan precario y conflictivo el orden social de la ciudad que, en el supuesto caso de que se disminuyera el número de muertes violentas, cabría esperar que el gremio de comerciantes de pompas fúnebres se creyese con el legítimo derecho de tomarse las calles y bloquear el tránsito exigiendo su derecho al trabajo".

fraudulento y especulativo del suelo de Bogotá por parte de particulares, patrocinado en algunos casos por autoridades tanto de la administración central como de la administración local. Esto ha significado que prácticamente todo el suelo bogotano se encuentre hipotecado a intereses privados. De esto se desprende que el proceso de recepción también ha dependido del tipo de intereses comprometidos en una situación particular. El caso de la prohibición de la venta de pólvora, la ley semiseca y reubicación de los comuneros son ejemplos representativos en los cuales, a pesar de mostrarse resultados sensiblemente positivos para la ciudad¹⁶, generaron un fuerte rechazo entre los grupos afectados, a tal nivel que muchos de ellos se encuentran promoviendo la revocatoria al mandato del alcalde. En el juego político tradicional esto parece demostrar que la imagen política es inversamente proporcional a la cantidad de intereses particulares que se toquen.

A pesar de lo anterior, la experiencia ha demostrado que, de todas maneras, cambios en las representaciones de las personas pueden ser el primer paso para cambios de otro orden. Aquí nuevamente vale la pena tener en cuenta algunas reflexiones que hace Bourdieu. Al respecto podríamos partir de la relación que existe entre lo que genéricamente llamaríamos estructuras objetivas de la realidad social y sus representaciones sociales. En este caso la crítica estructuralista a un tipo de programa como el de cultura ciudadana basaría su argumentación en aceptar la existencia de una realidad objetiva responsable de la distribución de los recursos materiales socialmente disponibles, que en última instancia definen las coerciones externas que limitan las interacciones y las representaciones sociales de los individuos. De allí se desprende que las representaciones sociales son, si se quiere, epifenómenos de esa realidad objetiva; por tanto, si no se realizan cambios en esas estructuras objetivas poco o nada se podría esperar de una intervención en el plano de lo simbólico. Si bien es posible aceptar que la sociedad posee una cierta

16. En el caso de la prohibición del uso de la pólvora o cualquier otro material pirotécnico o inflamable, la mortalidad infantil en época decembrina se redujo a cero y el número de casos con lesiones causadas por quemadura de pólvora disminuyeron en cerca del 26%.

estructura objetiva que, por demás, hace posible la existencia y la reproducción de un cierto orden social, no deja de ser menos cierto que la visión y la interpretación que tienen los agentes sociales de esas estructuras son también un componente ineludible de la realidad total del mundo social y que el proceso de producción y reproducción de esas interpretaciones no es el mismo que sigue la producción y reproducción de la vida material. De hecho, aunque desde una perspectiva antropológica es posible demostrar que existe una correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, esta correspondencia no es unívoca, ni se limita a reflejar de manera mecánica lo social en lo mental. "Los sistemas simbólicos, afirma Bourdieu, son productos sociales que producen el mundo, no se contentan con reflejar las relaciones sociales sino que también contribuyen a construirlas. Por tanto se debe admitir forzosamente que es posible dentro de ciertos límites transformar el mundo transformando sus representaciones"¹⁷. Lo anterior no quiere decir que se pueda vivir *puramente de cuento*. Aunque en muchos casos no deja de ser cierto que *contigo pan y cebolla*, también es bastante cierto que *cuando la pobreza entra por la puerta el amor sale por la ventana*.

Resulta inevitable que se toquen gran cantidad de intereses cuando se pretende cambiar las condiciones de reproducción cultural y socioespacial de una ciudad como Bogotá. Pero esos cambios sólo serán posibles si se comienza a desmontar aquellas representaciones y discursos que reproducen, de manera simbólica, esas condiciones y se reemplazan por otras que comiencen a formar parte de un cierto imaginario relativamente compartido y aceptado por la ciudadanía de lo que es y puede ser la ciudad actual y futura. Y para alcanzar ese grado de aceptación parece necesario llegar a aceptar y compartir ciertas reglas, en lo posible muy pocas, que garanticen no sólo las condiciones para una mínima convivencia sino, en lo fundamental, para poder alcanzar esos acuerdos de manera relativamente consensual. Es precisamente en este nivel donde las estrategias simbólicas pueden jugar un papel importante. Tomemos

17. Bourdieu, P., *Op. Cit.*, p. 22

el ejemplo de uno de los proyectos de cultura ciudadana, *los caballeros de la cebra*.

Este proyecto tiene cuatro antecedentes importantes. En primer lugar, la muerte de una señora a manos de un taxista, a finales del año pasado; en segundo lugar, el *desmante* de la prima de Navidad debido a los abusos cometidos por algunos conductores de taxis; en tercer lugar, el proceso de negociación para el alza de tarifas del servicio público de taxis, a comienzos del presente año y, finalmente, en cuarto lugar, el paro de taxistas, algunos días más tarde, debido a condiciones de inseguridad. Como se puede apreciar, en esta situación se mezclan tres intereses muy claros: el de los usuarios del servicio de taxis, el de los conductores y el de la administración distrital, responsable de garantizar un adecuado servicio público de taxis. El proceso de concertación comenzó supeditando el alza de la tarifas al mejoramiento del servicio público de taxis, toda vez que, según una encuesta de opinión que contrató el programa de cultura ciudadana, cerca del 80% de los usuarios de taxis consideran que el servicio público de taxis es regular o malo. Después del paro de taxistas, se estuvo negociando con algunos de los líderes de los taxistas la forma de mejorar el servicio y, a la vez, garantizar ciertas condiciones de seguridad. Como resultado de estas discusiones se concluyó que un punto muy importante para mejorar el servicio y garantizar, en alguna proporción, condiciones de seguridad, era mejorar la relación entre el conductor de taxi y el usuario del transporte. Para ello, a través de un sondeo de opinión entre usuarios de taxis y conductores de taxis, se preguntó los tres comportamientos que a cada uno más le molestaban del otro. Este sondeo arrojó la siguiente información: los tres comportamientos que más le molestaban a los usuarios eran en primer lugar, que el conductor no respetara la tarifa marcada por el taxímetro, en segundo lugar, que el taxista no parara a recoger al pasajero cuando éste le realizaba la señal de pare y, en tercer lugar, el mal trato que el pasajero recibía del conductor. De parte de los conductores los tres comportamientos que más les molestaban eran, en primer lugar, el mal trato que el conductor recibía de parte del pasajero, en segundo lugar, que el pasajero golpeara duro la puerta del taxi y en tercer lugar, que el pasajero hiciese meter al conductor por cualquier vía, independientemente del estado de

las vías o del posible *trancón* que se pudiese generar. Este sondeo permitió concluir que era posible llegar a ciertas condiciones de regulación entre taxistas y usuarios del servicio de taxis, a partir de procedimientos correctores que les permitieran, a unos y a otros, dirimir de manera pacífica, los conflictos que este tipo de comportamientos pudiesen ocasionar¹⁸. Es así como partiendo de este sondeo de opinión y de una *línea cinco*¹⁹ se procedió a estructurar una especie de *acuerdo de normar mínimas* para conductores de taxis y pasajeros²⁰.

A partir de estos acuerdos era necesario diseñar una estrategia de comunicación que permitiese convocar, en primer lugar, a aquellos taxistas que consuetudinariamente y, probablemente, siguiendo algún principio ético, cumplían con esos acuerdos y que no recibían ningún tipo de reconocimiento. Téngase presente que para el caso que nos ocupa y muy seguramente para otros casos, existen ciudadanos que siguen, respetan y en la medida de lo posible, hacen respetar ciertas reglas de convivencia, que no reciben ningún tipo de reconocimiento toda vez que, en el discurso cotidiano, está muy arraigado el reconocimiento apologetico de

18. Los trabajos de Erwin Goffman muestran claramente la importancia de los rituales y las normas de cortesía como formas centrales para la regulación de las relaciones entre desconocidos. De hecho, los rituales garantizan a los individuos que se hallan en público iniciar encuentros sin demasiado temor a ser mal interpretados y, por ello, ocurren situaciones conflictivas o comprometedoras. "En el terreno del orden público —afirma Goffman—, lo fundamental no es la obediencia ni la desobediencia, sino las ocasiones que originan la tarea correctora de diversos tipos, especialmente el suministro de interpretaciones correctoras calculadas para demostrar que un posible infractor en realidad tenía una relación correcta con las reglas, o que si pareciera no tenerla hasta hace un momento, puede contarse con que en adelante tenga esa relación correcta. Claro que, evidentemente, esta disposición introduce una flexibilidad; si no existiera, la vida pública estaría imposiblemente atascada por la comisión de pequeñas infracciones territoriales y su adjudicación..." (Goffman, E., *Relaciones en público*, Madrid, Alianza, 1979, p. 120).

19. La *línea cinco* es un buzón telefónico cuyo primer dígito es el cinco y que permite recibir mensajes de diversa naturaleza.

20. Este acuerdo contempló los siguientes puntos: 1) *Saludarnos*. Porque creemos que saludar no cuesta nada y sí dice mucho.. Luego hablemos del lugar de destino, concertemos la ruta y, si se puede, hablemos de algo más; 2) *Lo que marque el taxímetro*. A nadie le gusta que le cobren más de la cuenta, por eso hay que llevar sencillo, mirar el taxímetro, solicitar que el conductor lo prenda y pagar lo que marque. Y si no hay sencillo redondear de común acuerdo; 3) *No meternos en trancones*. Todos podemos poner algo por Bogotá... Pensemos que es mejor caminar algunos metros cuando encontremos trancones, y no perder tiempo valioso en ellos; 4) *Sin afanes*. El afán es causa de molestias y accidentes, acordemos la mejor ruta para disminuir estos problemas.

aquellos que, *esgrimiendo cierta picardía y astucia*, violan permanentemente las diversas formas de control social que existen, así sean éstas precarias. Para ello, se acuñó el término *caballeros de la cebra*, con el fin de designar a aquellos conductores de taxis que se vincularan al programa. El término *caballero* toma una doble connotación. En primer lugar hace referencia al seguimiento de ciertos rituales o normas de cortesía y, en segundo lugar, a su carácter de cruzado por mejorar el servicio público de taxis. El término *cebra* se refiere al proceso de recuperación, para el peatón, de aquel espacio en las bocacalles destinado al cruce. Siguiendo una estrategia de mercadeo se solicitó, a través de medios masivos, que fuesen los usuarios del servicio de taxis los que se encargaran de inscribir a los futuros *caballeros de la cebra*. Este mecanismo permitió inscribir cerca de doscientos taxistas en el programa, que recibieron su respectiva investidura de manos del alcalde mayor, en un ritual llevado a cabo en plena Plaza de Bolívar. Los resultados con este grupo han sido exitosos hasta el momento.

Esta experiencia pone en evidencia que la combinación de recursos simbólicos con estrategias de tipo legal puede contribuir con la generación de formas de regulación entre actores sociales comprometidos en una situación conflictiva. De hecho, al aumentarse el repertorio de recursos expresivos y de formas de reconocimiento ciudadanos, a todos aquellos que, en una u otra forma, siguen, cumplen y respetan ciertas reglas para la convivencia, se promueve paulatinamente la aceptación y la interiorización, no sólo de esas normas sino de los procedimientos cotidianos (rituales de cortesía) que garantizan su cumplimiento en la mayoría de situaciones de encuentro entre desconocidos.

A manera de acto final

Este tipo de experiencia política pone en evidencia la precariedad del Estado colombiano, representado por sus instituciones y sus funcionarios y la dificultad que tienen nuevos actores sociales para proponer, explorar y por qué no, para ensayar nuevas y diferentes formas de hacer política. Y esto tiene que ver en buena medida con la debilidad que tene-

mos para utilizar nuevos códigos culturales y recursos simbólico expresivos que permitan, por una parte, enfrentar de manera menos violenta y agresiva las relaciones cotidianas y, por otra parte, establecer reglas mínimas de convivencia, a partir de las cuales sea posible construir un orden social urbano relativamente compartido, que genere un cierto sentimiento de identidad y de pertenencia. En medio de discursos que, en un extremo, hacen apología al inmediatismo económico, a las formas desleales y privadas de apropiación del patrimonio común (cultural, urbanístico y ambiental) y a la lógica de la ventaja y de la oportunidad que materializa formas extremas de individualismo y que, en otro extremo, exhortan procesos de moralización y recuperación de supuestos valores perdidos, a través de instituciones débiles, precarias y las más de la veces corruptas, resulta muy difícil *posicionar*, por utilizar este neologismo, un discurso y unas acciones como las de cultura ciudadana que frente, a los otros, aparenta debilidad y en ocasiones fragilidad.

Algunos críticos han calificado esta postura de posmodernismo frugal y frívolo, en comparación con los supuestos grandes problemas que agobian a la capital de la República. A pesar de esta descalificación en múltiples sentidos, emerge una alternativa que, si bien carece del discurso fuerte de la derecha o de ciertos sectores de la izquierda, pretende consolidar y desarrollar procedimientos y formas ciudadanas de autorregulación, a través del uso de un conjunto muy variado de recursos simbólicos, materializados en juegos, escenificaciones, dramatizaciones, performances, rituales de cortesía, expresiones afectivas, etc., que permiten introducir nuevas mediaciones a las interacciones y situaciones cotidianas.

Ante discursos performativamente fuertes, los juegos ciudadanos no dejan de ser vistos como intenciones simpáticas pero poco efectivas. Sin embargo, la fuerza del juego, como muchos lo hemos experimentado, no se encuentra en lo que muestra explícitamente sino en aquello que oculta. Es por ello que el juego²¹, de manera subrepticia, introduce fuer-

21. Buena parte de los conceptos aquí empleados sobre los juegos ciudadanos parten de los trabajos del psicólogo Enrique Velásquez.

zas que irrumpen en el tiempo habitual, para cambiar las percepciones y los ritmos de los ciudadanos, haciéndolos en ocasiones rápidos y en ocasiones lentos, situación que permite aumentar la visibilidad sobre aquellos fenómenos que se pretende modificar. Actos efímeros e itinerantes relacionados con los cruces de ciertas calles o avenidas, por ejemplo, pueden poner en evidencia las tensiones que permanentemente se presentan entre transeúntes y conductores. Por otra parte, el juego permite introducir en un espacio urbano particular, zonas paradójicas o límites que se abren a la imaginación y a la creatividad. Estas zonas permiten, así sea de manera efímera e instantánea, introducir mediaciones diferentes a la rigidez de los comportamientos cotidianos, generándose de esta manera condiciones para la pluralidad de alternativas de acción a las tradicionalmente seguidas. El ciudadano puede explorar alternativas de comportamiento a las habituales y seguir aquellas cuyas consecuencias sean menos conflictivas y problemáticas.

Pero, ¿qué podemos esperar de aquí en adelante de cultura ciudadana? Cosas probablemente interesantes para la ciudad. Es muy probable que al final de esta administración contemos con más de 500 cruces escolares adecuadamente demarcados y señalizados, con sus respectivas patrullas escolares y con un buen número de conductores que han interiorizado el significado de esos cruces; con distintas formas de marcaje y reconocimiento urbanos, caracterizados por un nuevo y adecuado mobiliario público (paraderos, mogadores, bancas, canecas), por placas esquineras (direcciones de calles y carreras) y por piezas escultóricas y muralísticas de distintos estilos y formas; con adecuados equipamientos urbanos (parques barriales, escombreras, centros culturales, separadores de calzadas) cuidados y preservados no sólo por la Administración Distrital sino por la misma ciudadanía; con un nuevo Código de Policía para la ciudad, quizás más conocido y comprendido tanto por la Policía Metropolitana como por los mismos ciudadanos; con cerca de 8.000 agentes, suboficiales y oficiales de la Policía Metropolitana capacitados en temas de convivencia ciudadana; con algo más de 100 investigaciones sobre aspectos socioculturales estratégicos para la ciudad... En fin, con algunos cambios culturales probablemente significativos, cuyo impacto inmediato será difícil de medir, evaluar y vislumbrar pero que, a

mediano y largo plazo, mostrará las bondades de este tipo de acciones.

La intención no es terminar esta exposición con un panorama halagüeño, con el fin de eliminar el sabor amargo en la boca, por decir lo menos, que muchas de las acciones de esta administración han podido generar en un buen número de ciudadanos. Modestamente, lo que se pretende mostrar es que, sin mayores pretensiones y expectativas mesiánicas, es posible introducir algunas modificaciones, en algunos casos predecibles, en otros impredecibles, en el complejo entramado de la cultura urbana de Bogotá y con ello, transformar ciertas formas de sociabilidad agresivas y violentas que, al producir un ambiente sociocultural enrarecido y precario, no permiten desarrollar formas de convivencia más productivas sociales, económicas y culturales.

Baste finalizar recordando algunos pasajes de *El Antiporfirio* de Umberto Eco²². Eco compara el pensamiento de laberinto, atento a las conjeturas, a los contextos y que renuncia a todo intento de globalidad, con el luchador oriental, "que hace suyo el ímpetu del adversario y parece ceder a él, para después encontrar, en la situación que el otro ha creado, los modos (siempre sólo probables) de responder victoriosamente. El luchador oriental no tiene una regla establecida de antemano, posee matrices de conjeturas que le sirven para regular, de forma provisional, cualquier evento que proceda del exterior. Y goza también de la posibilidad de transformarlo en una propia propuesta resolutoria. Es 'débil' frente a quien cree que la lucha dependa de un pensamiento fuerte. Es fuerte y vence, en ocasiones, porque se contenta con ser razonable".

Quizás estos apartes nos alientan a pensar que cultura ciudadana puede parecerse a ese luchador oriental... ¿Será arrogancia o tal vez sensata esperanza? Vaya uno a saberlo. Habrá que esperar a que, siguiendo la frase de cajón, el tiempo en su sabiduría nos dé la respuesta.

22. Eco, U., "El antiporfirio". En Vattimo, G. y Rovatto, P. (eds.), *El pensamiento débil*. Madrid, Cátedra, 1990

Urabá: formas de representación política

Antonio Restrepo Botero

Para comprender cabalmente las características de las formas de representación de la política en Urabá, es necesario describir brevemente el escenario en el que han tenido lugar la formación y los rasgos básicos de las organizaciones sociales que han cumplido el papel de representar la acción política en la región.

Desde los tiempos de la Colonia, el Darién, territorio que coincide básicamente con el que hoy denominamos Gran Urabá, fue lugar de refugio contra perseguidos y transgresores de la legalidad. Así describe la historiadora María Teresa Uribe este fenómeno: "El territorio de Urabá fue durante la Colonia un lugar de refugio para todos aquellos que por diversas razones debían evadir el control de las autoridades españolas; indígenas de varios grupos que se resistían al blanqueado y a la civilización; contrabandistas y piratas; migrantes españoles que no cumplían con los requisitos exigidos para ingresar legalmente por Cartagena de Indias; perseguidos por la justicia que evadían el control de las autoridades; negros cimarrones que huían de la esclavitud y formaron palenques

a lo largo de la costa Caribe como los de San Antero, San Onofre, Verrugas (sic), Uré y otros puntos aledaños a la zona, pero es en la era Republicana donde ese carácter de área de refugio se refuerza y se configura como espacio de exclusión, de la otredad y de la alteridad"¹.

Otra característica que debe tenerse en cuenta como parte de la génesis remota de la formación política en esta región es que, en general, el Darién fue región de confinamiento, o zona de exclusión². Durante la hegemonía conservadora tomaron gran pulso las colonias penitenciarias, ubicadas en los confines de la República, lejos de la frontera agrícola, en territorios aislados y sin vías de comunicación. Uno de estos territorios fue el Darién: Titumate sobre la costa occidental del golfo de Urabá; Turbo en la zona de Bajirá y Pavarandó; y la más conocida de todas, la de Antadó. La colonia penitenciaria de Antadó, situada en inmediaciones de las cabeceras del río San Jorge, se liquidó en 1950, pero sirvió de base para la formación de las guerrillas liberales que operaron en el occidente antioqueño. En la década de los años sesenta, fue uno de los escenarios en los que tuvo lugar la formación del Ejército Popular de Liberación y de las Juntas Patrióticas del Partido Comunista de Colombia (marxista-leninista)³.

Ahora bien, uno de los factores decisivos del proceso colonizador de Urabá, fue la violencia política contra el partido liberal que siguió al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (Botero, F. 1990). En el contexto del mapa político de Antioquia, el Occidente y el Noroeste, han sido tradicionalmente bastiones liberales en medio de una amplia hegemonía conservadora - clerical en la región. A partir de los años 50, esta característica se vio reforzada por un importante flujo migratorio hacia Urabá, que tuvo como puerta de entrada a Dabeiba, un municipio que en 1962

1. Uribe, María Teresa, Urabá, región o territorio?, Corpourabá-INER, Medellín, 1992, p. 40.

2. Ibid, p. 42.

3. Villarraga, A., Plazas, Nelson, *Para reconstruir los sueños (una historia del EPL)*, Fundación Cultura Democrática-Progresar, Santa Fe de Bogotá, 1994, p. 21

registró 4.922 votos liberales contra sólo 265 conservadores⁴.

Otra característica que es necesario tener en cuenta para explicar las particularidades de las formas de representación política, consiste en que Urabá ha sido tradicionalmente zona de disputa por el predominio territorial y político⁵. Si bien en el curso de la violencia de mitad de siglo, la expresión política del conflicto dejó subyacente la lucha por la tierra, ésta no ha dejado de tener presencia en la historia de Urabá. En la década de los años sesenta, la disidencia del Partido Comunista Colombiano, encabezada por Pedro Vásquez Rendón, optó por el Noreste Colombiano para iniciar la *Guerra Popular Prolongada* que crearía las *Zonas Liberadas*, donde el control territorial y la hegemonía política llevarían el conflicto del campo a la ciudad, donde se coronaría la revolución triunfante. Se crea entonces el EPL en "el Noroeste o zona FLOR: Alto Sinú y Alto San Jorge, región donde actuaron las guerrillas liberales y también refugio de rebeldes de ese partido emigrados de Antioquia y de otras partes del interior del país"⁶.

Tal como se ha señalado recientemente en un estudio sobre la violencia contra miembros del partido liberal en Colombia: "El fenómeno de la migración de liberales hacia zonas como Urabá, en desarrollo de la violencia política de mitad de siglo, así como el proceso de exterminio de dirigentes liberales en la décadas siguientes, no ha sido suficientemente estudiado"⁷. Los trabajos clásicos sobre la violencia se limitan al análisis del fenómeno en la región andina. Los trabajos más recientes de Gonzalo Sánchez (1989)⁸, María T. Uribe (1990, 1992), Luis F. Sierra (1990) y Fernán González y otros (1993), mencionan el fenómeno, pero sigue pendiente su tratamiento a fondo.

4. Parsons, James, *Op. Cit.*

5. Restrepo B., Antonio, "La cara oculta de Urabá", en *Revista Credencial* N° 108, noviembre 1995.

6. Villarraga, A., Plazas, N., *Op. Cit.*, p. 47

7. DELN, *Violencia contra liberales en Colombia*, en preparación.

8. Sánchez, Gonzalo, "Violencia, guerrillas y estructuras agrarias", en *Nueva Historia de Colombia*, Tomo II, Planeta, Bogotá, 1989.

Para complementar la reseña del escenario en el que se configuran y actúan las formas de representación política, es necesario hacer una breve descripción de la región en su especificidad contemporánea. Ello por cuanto, a lo largo de su historia, la región ha pertenecido sucesivamente a la Provincia de Santafé de Antioquia, al Estado Soberano del Cauca, a Cartagena y, finalmente, en el curso del siglo xx, se separa en tres regiones y se la incorpora a los departamentos de Chocó, Antioquia y Córdoba⁹.

La región del Gran Urabá, conocida como El Darién Colombiano, se encuentra ubicada en el extremo noroeste de Suramérica, donde confluyen los océanos Atlántico y Pacífico, lo que le otorga una posición geoestratégica de gran importancia en el ámbito nacional e internacional.

En la actualidad comprende municipios de los departamentos de Chocó, Córdoba y Antioquia. A su vez, esta región se subdivide en tres subregiones: Norte, Centro —conocida como Eje Bananero— y Sur.

Retengamos algunas características básicas de estas regiones:

La subregión Norte del Urabá y el Urabá Cordobés presentan rasgos geográficos comunes. Comprende la jurisdicción de los municipios antioqueños de Arboletes, Necoclí, San Juan de Urabá, y San Pedro de Urabá, con un extensión de 2.786 km², una población de 111.910, 25.507 en las cabeceras municipales, y la de los municipios cordobeses de Los Córdoba, Tierralta, Canalete, Puerto Escondido y Valencia, cuya extensión es de 6.932 km² y 148.805 habitantes, de los cuales 32.769 se encuentran en las cabeceras municipales¹⁰.

Predomina la ganadería extensiva, enmarcada en una pequeña frontera agrícola de fundos medianos y pequeños entre el Urabá antioqueño y

9. Departamento Administrativo de Planeación de Antioquia, Anuario Estadístico, Imprenta Departamental, 1995.

10. Ver: *Urabá: el mayor éxodo de los últimos años*, CINEP y otros, Santa Fe de Bogotá, junio 1995.

el Alto Sinú cordobés, donde se cultiva el plátano, tanto para la exportación como para el mercado interno y un litoral de gran valor para la actividad pesquera y el turismo.

El eje bananero comprende los municipios de Apartadó, Carepa, Chigorodó y Turbo, con un territorio de 4.643 km², 236.320 habitantes, de los cuales 115.384 habitan en las cabeceras municipales, la Zona Central del Urabá antioqueño, dedicada a la agroindustria del banano para exportación, al cultivo de plátano y la ganadería. Incluye también el litoral de Bahía Colombia en la culata del Golfo de Urabá, desde donde se exportan anualmente unos 50 millones de cajas de banano de 18.14 kg y 10 millones de cajas de plátano de 20 kg.

La subregión sur la integran los municipios de Murindó, Mutatá y Vigía del Fuerte, con 4.235 km² y 22.068 habitantes, de los cuales 5.027 residen en el casco urbano. Su actividad económica es la ganadería extensiva, el cultivo de plátano y yuca: posee algunos baldíos nacionales¹¹.

Debe reiterarse que este panorama de Urabá constituye un corte a la altura de la octava década del siglo xx y muestra a grandes rasgos una región que ha presentado cambios radicales y sucesivos a lo largo de su historia. Así, durante el siglo xix y principios del xx, llegaron migrantes de las regiones que hoy corresponden a los departamentos de Córdoba y Bolívar, que se dedicaron a la recolección de tagua e ipecacuana, así como a la extracción de látex del árbol del caucho. Estas actividades llegaron a constituir un importante rubro en la exportación de productos de origen agrícola. En la actualidad han desaparecido por completo.»

A comienzos de los años sesenta, la multinacional de origen norte-

11. CONPES, *Plan de inversiones para el desarrollo social y de la justicia en Urabá y zonas de influencia*, Documento DNP-2638-UDU-DIVID, Santa Fe de Bogotá, 16 de febrero de 1993.

americano United Fruit Company, seleccionó la fértiles planicies del centro de Urabá, entre el margen derecho del río León y el flanco occidental de la serranía de Abibe para el cultivo de banano con destino a la exportación. Las características de los suelos, las condiciones de pluviosidad, humedad y luminosidad, su acceso directo al mar por el golfo de Urabá y el hecho de que sus tierras estuvieran incultas y en manos de un número relativamente bajo de propietarios, permitió un desarrollo acelerado de la actividad bananera, lo que habría de cambiar radicalmente las condiciones no sólo de uso del suelo, sino también la estratificación y las relaciones sociales.

De hecho, se inició un desplazamiento de población civil, procedente del Chocó, de las planicies de Córdoba, del centro de Antioquia, de toda la zona cafetera, en particular del Quindío¹². Atraídos por la dinámica de la producción bananera, conformaron un proletariado agrícola, lo que a su vez desarrolló un proceso de relaciones obrero patronales, de formación de sindicatos agrícolas y de industria. Con ello se hicieron presentes en la región conflictos que muchas veces estuvieron acompañados con actos de violencia.

De las 1.230.000 hectáreas del territorio de Urabá, 29.000 están sembradas con banano, alrededor de 40.000 con plátano, 60.000 son aptas para el cultivo del arroz, 500.000 se dedican a la ganadería extensiva de aproximadamente 400.000 cabezas de ganado, otras son ocupadas por abundantes especies maderables, que sobreviven en relictos de bosques primarios propios de las selvas húmedas tropicales de América, junto a la economía campesina de ñame, yuca, cacao y frutales.

La agroindustria bananera, principal actividad económica de la zona, se desarrolla en 409 fincas, pertenecientes a 310 propietarios¹³; fincas

12. Osorio, Jairo. *Apatentados, quindianos y chiveros. La otra colonización de Urabá*, Medellín, Ed. Fiestas de Amores, 1995.

13. Los datos sobre actividades económicas en el eje bananero, están tomados del Informe de Verificación de Actores Violentos en Urabá, que a su vez cita como fuente documentos oficiales de AUGURA. Asociación de Bananeros de Colombia, 1995.

ubicadas en los municipios de Chigorodó, Turbo, Apartadó y Carepa, generando 16.000 empleos directos, ocupados en 24.01% por trabajadores provenientes de Córdoba, 23.03% del Chocó, 23.38% por nativos de la zona, 17.11% por trabajadores de otras localidades de Antioquia y el resto de Magdalena, Valle, Sucre, Bolívar, Risaralda y San Juan de Urabá.

Tradicionalmente, la posición geoestratégica de Urabá y su condición de región fronteriza, le han permitido desarrollar un activo intercambio comercial entre la cuenca del Atrato y el litoral Atlántico, hasta Cartagena, así como el comercio internacional con Panamá. Igualmente, ha sido escenario de un importante centro de contrabando, que incluye las armas y el tráfico de drogas ilícitas.

Finalmente, debe destacarse que el Darién es asiento ancestral de importantes núcleos étnicos de indígenas Embera, Zenúes y Tules, cuyos resguardos están en proceso de perfeccionamiento institucional¹⁴.

Como se ha dicho, el Partido Liberal ha mantenido una mayoría electoral en la región. Sin embargo, en el último lustro de la década de los ochenta y primeros años de los noventa, con las elecciones locales para las alcaldías¹⁵, en Urabá se registró un cambio en el mapa de resultados electorales que evidenciaba un repunte significativo de los movimientos y partidos políticos de izquierda.

La primera elección popular de alcaldes en Apartadó fue ganada por Diana Cardona, candidata de la Unión Patriótica. Esta supremacía electoral se mantuvo en las elecciones de 1992, donde la UP alcanzó seis

14. *Trenzando verdades*. Informe de la Comisión que investigó el asesinato del gobernador zenú, José Elías Suárez, 1995.

15. Acto Legislativo N° 1 de 1985.



alcaldías en Urabá: Apartadó, Turbo, Chigorodó, Mutatá, Murindó y Vigía del Fuerte.

Los cambios en la participación relativa de dos de los principales partidos en el caso del eje bananero, Unión Patriótica y Partido Liberal, se ponen de manifiesto en las dos últimas elecciones (1992 y 1994): la UP en 1992 obtuvo 8.994 votos, en 1994 disminuyó a 1.151; el Partido Liberal en 1992 obtuvo 7.346 votos, en 1994 alcanzó 15.969 votos¹⁶.

Simultáneamente, el mapa de los partidos y movimientos se alteró significativamente con la aparición de Esperanza, Paz y Libertad, surgido del proceso de reinserción del EPL, que en 1994 se convirtió en el principal elector en Apartadó, donde obtuvo 6 concejales.

Un factor que ha gravitado significativamente en la formación de los partidos y movimientos políticos en Urabá ha sido el sindicalismo, cuya evolución ha marcado el devenir político en la región desde comienzos de los años ochenta. En un proceso de retroalimentación, el sindicalismo ha estado fuertemente influido por las organizaciones guerrilleras y los partidos legales en Urabá, a la vez que ha influido en su evolución, en su manera de afrontar los movimientos sociales y en su particular manera de articular formas de lucha legales e ilegales.

"A comienzos de los años 80, el movimiento sindical en las plantaciones bananeras de Urabá, estaba representado por ocho organizaciones de trabajadores, entre las que se destacaban SINTAGRO y SINTRABANANO. Estos dos sindicatos de base se hicieron fuertes a partir de 1984 y expresaron en su acción la influencia guerrillera, del EPL la primera, y de las FARC la segunda. De hecho, el ascenso del movimiento sindical estuvo íntimamente ligado a la acción de los grupos guerrilleros, orientada a

16. Registraduría Nacional del Estado Civil, Resultados Electorales 1992 y 1994.

consolidar su arraigo social en la región y el control del sector bananero. No obstante, los elementos básicos que determinaron el surgimiento de un fuerte movimiento obrero en la zona bananera de Urabá 'fueron las relaciones objetivas de explotación y las condiciones de vida de los trabajadores bananeros'.

"La coyuntura del vencimiento de las convenciones colectivas en más de 200 fincas o empresas bananeras, fue aprovechada por SINTAGRO y SINTRABANANO que mediante el paro de actividades laborales y aun a costa de la cancelación de sus personerías jurídicas (1988), logran afiliar más del 90% de los trabajadores bananeros y consecuentemente constituir en entidad gremial las 300 Empresas Bananeras de la época.

"De este proceso de consolidación de actores sociales del conflicto laboral en el sector bananero y la afiliación de los trabajadores ya organizados a SINTRAINAGRO después de canceladas las personerías jurídicas de SINTAGRO y SINTRABANANO, se logra entre otros, y en el año 1989, acuerdo sobre principios básicos de la negociación colectiva del sector bananero de Urabá, que ya operaban en el resto del país para la organización sindical. Posteriormente, en los años 1991 y 1993, se introducen modificaciones estructurales al proceso de negociación de conflictos"¹⁷.

Quizás lo más novedoso desde el punto de vista de las formas de representación política en Urabá, sea el Consenso Político de Apartadó, del que forma parte los siguientes partidos y movimientos políticos, cívicos y étnicos:

- Partido Liberal Colombiano
- Partido Comunista de Colombia
- Partido Conservador Colombiano

17. Comisión de Verificación, DOCUMENTOS, Apartadó, 1995.

- Unión Patriótica
- Esperanza, Paz y Libertad
- Movimiento de las Negritudes
- Movimiento Unión Cristiana
- Movimiento Cívico Generación 21
- Movimiento Cívico Raca Mandaca
- Movimiento Cívico Apartadó para Todos
- Movimiento Cívico C4.

El Consenso Político Movimiento Unidad por la Paz se formó en agosto de 1994, con el doble propósito de acordar un candidato común a la alcaldía y de desarrollar un programa de gobierno con el apoyo de todos los actores institucionales de la escena política en dicho municipio. Como resultado de este acuerdo se lanzó a Gloria Cuartas Montoya para la alcaldía, como candidata única, quien resultó elegida por 6.194 votos.

La trascendencia del Consenso de Apartadó radica principalmente en que demostró que es posible la unidad de acción y de programas, incluso en las condiciones de grave enfrentamiento ideológico, político y social.

Si bien no se logró superar el fenómeno de la violencia política contra dirigentes y militantes de los partidos y movimientos que suscribieron el pacto, se alcanzó un alto nivel de respuesta colectiva ante su persistencia. Esto quedó demostrado con la reacción del Consenso ante las muertes violentas de Benito Betin, de Esperanza, Paz y Libertad y de Francisco Giraldo, del pc-up, ocurridas en marzo de 1995.

Frente al agravamiento de las contradicciones al interior del Consenso, este acordó "ratificar su voluntad de continuar trabajando por el progreso y desarrollo social y búsqueda de la paz"¹⁸. Simultáneamente, le

18 Manifiesto del "Consenso Movimiento Unidad por la Paz. Consenso Político de Apartadó",

propuso al gobierno nacional la creación de una "Comisión Verificadora de Actores Violentos en Urabá"¹⁹.

En acogimiento de dicha propuesta, el Ministerio del Interior conformó una comisión con el mandato expreso de que "verifique la existencia de Comandos Populares, Milicias Bolivarianas, Paramilitares y Guerrilla, así como las violaciones a los derechos humanos cometidos por tales organizaciones y agentes del Estado"²⁰.

Para hacerse a una idea sobre el nivel que se asignó a la comisión, basta enumerar las entidades y sus respectivos delegados:

— Fiscal General de la Nación. Delegado: el director regional de Fiscalías de Antioquia, Fernando Mancilla.

— Procurador General de la Nación. Delegado: el procurador regional para Antioquia, Fernando González.

— Defensor del Pueblo. Delegada: defensora para Apartadó, Gírlesa Villegas, quien había reemplazado al defensor para Antioquia, Rubén Darío Jaramillo.

— Obispo de Apartadó. Delegado: pbro. Leonidas Moreno, párroco del Ecce Homo de Turbo.

— Organizaciones No Gubernamentales, representadas por el CINEP. Delegado: Omar Hernández.

— Gobernador de Antioquia. Delegado: el gerente asesor para Urabá, Antonio Restrepo.

Con un mandato como el que se ha transcrito y una comisión con amplias facultades y respaldo para llamar a audiencias y recibir testimonios libres, resulta evidente que los trabajos de esta comisión consistían, por así decirlo, un punto de quiebre respecto del tradicional silencio institucional sobre la existencia y actuación de los grupos armados ilegales en la región.

suscrito el 23 de marzo de 1995.

19. Propuesta del Consenso al Gobierno Nacional, Departamental y Municipales, 23 de marzo de 1995.

20. *Op. Cit.*, 1994.

Con ello se dio muestras de un avance trascendental en cuanto a la madurez del movimiento político en Urabá, al tiempo que se evidenció el anhelo de paz en esta atormentada región.

El criterio básico que le permitió a la comisión adelantar sus trabajos y establecer unas reglas claras de juego tanto para sus integrantes como para las organizaciones y las personas llamadas a audiencias, fue la no judicialización de los hechos que llegaran a conocimiento de la misma. Con ello se despejaron las dudas y los temores respecto de la utilización ulterior que se diera al contenido de las declaraciones.

La comisión recorrió toda la geografía de Urabá y escuchó en audiencia a gentes de las más diversas procedencias y estratos sociales e institucionales. Desde el comandante de la xvii Brigada y el obispo de Apartadó, hasta personas sencillas, sin ninguna figuración aparente en el escenario político de la región, que fueron llevadas por los movimientos y partidos políticos, bajo su propia responsabilidad, seguridad y condiciones específicas.

El resultado de todo esto fueron más de setenta horas de cintas de audio con testimonios de protagonistas de hechos de violencia. Unos 1.700 folios con desgrabaciones y documentos aportados a la comisión. Esta fue la base testimonial y documental de las tareas de verificación, que condujeron a un informe final que fue entregado en acto solemne en Apartadó, con la presencia del ministro del Interior, Horacio Serpa; del fiscal general, Alfonso Valdivieso; del procurador, Orlando Vásquez; del defensor del Pueblo, Jaime Córdova; del gobernador de Antioquia, Alvaro Uribe; de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la región, y, por supuesto, de los partidos y movimiento civiles y étnicos, firmantes del Consenso Político de Apartadó.

¿Esta Comisión qué verificó? Que la acción política en Urabá ha estado signada por el ejercicio de la violencia. Esto, unido a condiciones de ausencia del Estado, de gestación de grandes procesos económicos productivos agroindustriales y la correspondiente formación de un proletariado agrícola y unos propietarios de la tierra y de la infraestructura para la comercialización internacional, constituye el escenario en el que

se han desarrollado profundos conflictos de intereses por la tierra y por el predominio político en la región. A su vez, esta dinámica ha conducido a la creación de nuevas y específicas formas de representación política.

Quizás una de las formas de representación política, social y cultural más entrañablemente unida a la idiosincrasia de Urabá sea la de los resguardos Embera, Tule y Zenúes, con autoridades tradicionales, sus gobernadores mayores, sus alguaciles y sus territorios constituidos en resguardos. Ellos hacen parte de la Organización Indígena de Antioquia, OIA, que a su vez depende de la Organización Nacional Indígena de Colombia, ONIC.

Un ejemplo de esta realidad la constituye el desplazamiento masivo desde todos los resguardos de Urabá hacia el casco urbano de Necoclí, como respuesta al asesinato del gobernador mayor zenú José Elías Suárez, ocurrido el 15 de marzo de 1995²¹. Este desplazamiento masivo produjo dos resultados importantes. Primero: la creación de una comisión que examinó las condiciones de orden social en las que se produjo el asesinato del gobernador zenú²². Segundo: la Proclama de los gobernadores mayores de Urabá del 12 de octubre de 1994²³. En ella se contiene un llamado a la neutralidad ante el conflicto armado. Su importancia radica en que, por primera vez, un sector perfectamente identificado de la población civil se distancia de los paramilitares y de la guerrilla, con esta sobrecogedora consigna:

"No apoyamos la guerra, ni queremos las armas. Queremos morir de viejos!"

21. *Urabá: El mayor exodo de los últimos años*, CINEP, Comisión Andina de Juristas, Brigadas Internacionales de Paz, Comisión Intercongregacional Justicia y Paz, Sección Movilidad Humana de la Conferencia Episcopal, y Consejería en Proyectos para Refugiados Latinoamericanos. Santa Fe de Bogotá D.C., junio 2 de 1995.

22. *Trenzando Verdades*, Informe de Comisión: Diócesis de Apartadó, Consejería Presidencial para los Derechos Humanos, Organizaciones No Gubernamentales contra la Guerra y por la Paz, Gobernación de Antioquia, 1995.

23. Proclama por la Paz y la Convivencia en Urabá, suscrita por los gobernadores de Urabá el 12 de octubre de 1995 y ratificada por los gobernadores indígenas del departamento de Antioquia.

Postscriptum

Días después de esta conferencia, y mientras se preparaban los textos para la imprenta, se produjo una segunda declaración de neutralidad. Esta vez por cuenta de los habitantes de Mutatá. Permítanme transcribir sus líneas iniciales, a la espera de que otros sectores, representativos de la sociedad civil y de las formas de representación política en la región, se sumen a este llamado urgente:

*"Nosotros, Mutatenses, acosados por el miedo
y cercados por la violencia,
antes de entregar nuestras vidas resignados,
de abandonar nuestros bienes
y olvidar nuestro muertos,
hemos decidido, en un último esfuerzo por sobrevivir,
DECLARARNOS NEUTRALES ANTE LA GUERRA"*²⁴.

24. Declaración de Neutralidad de la población de Mutatá, 20 de julio de 1996.

Impreso en:
Prisma Asociados Ltda.
Cra. 32 No. 72 - 68 Tel.: 311 84 17
Santafé de Bogotá, D.C.

ULTIMAS PUBLICACIONES

La oposición política en Colombia

FESCOL-IEPRI

Marzo 1996

Nuevas formas de participación política.

FESCOL-IEPRI

Junio 1996

Justicia y sistema político

FESCOL-IEPRI

Marzo 1997



9 789589 272800